

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

CONTACTOS
DE CONFIANZA

**Lou
Carrigan**



Si algo había en el mundo que le gustase a Lyndon Aldeman de verdad era las mujeres.

Le gustaban todas, en principio. Mas no como una expresión de su actitud o comportamiento desaforadamente sático, sino porque era un hombre consecuente. Y si no, a ven ¿puede haber en el mundo cualquier cosa que le guste a un hombre más que las mujeres? ¿A qué no?

Pues eso. Así que le gustaban todas. Le caían bien, vamos. Cuando veía una chica sonriente, amable y con alegría de vivir, Lyn se decía que todo iba bien en el mundo, a pesar de todo. El se entendía Y también los demás podemos entenderlo perfectamente: cuando las mujeres sonríen es que todo va bien, es así de simple.



Lou Carrigan

Contactos de confianza

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1737

ePub r1.0

Lds 06.03.19

Título original: *Contactos de confianza*

Lou Carrigan, 1983

Cubierta: Desiló

3

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Si algo había en el mundo que le gustase a Lyndon Aldeman de verdad era las mujeres.

Le gustaban todas, en principio. Mas no como una expresión de su actitud o comportamiento desaforadamente sátiro, sino porque era un hombre consecuente. Y si no, a ven ¿puede haber en el mundo cualquier cosa que le guste a un hombre más que las mujeres? ¿A qué no?

Pues eso. Así que le gustaban todas. Le caían bien, vamos. Cuando veía una chica sonriente, amable y con alegría de vivir, Lyn se decía que todo iba bien en el mundo, a pesar de todo. El se entendía Y también los demás podemos entenderlo perfectamente: cuando las mujeres sonríen es que todo va bien, es así de simple.

No tenía preferencias. Le gustaban tanto las rubias como las morenas, las trigueñas como las pelirrojas, las chinas como las negras, las esquimales como las norteamericanas. Si era una mujer, y sabía sonreír, ya había suficiente.

¿Qué más pedir? ¿Acaso la sonrisa no es una muestra de inteligencia? ¿Acaso la persona inteligente no ha aprendido que la vida hay que tomársela siempre por el lado bueno? Pues eso: si la mujer sonreía inteligente. Y entonces ya era el colmo para los apetitos camales e intelectuales de Lyndon Aldeman: ¡cielos, una mujer inteligente! ¡Aquí sí que ya no se podía pedir más!

En fin, que a Lyn le gustaban todas las mujeres.

Menos la tal Ingemar Stoll.

Y no es porque fraülein Stoll fuese fea, no, pues esto lo ignoraba Lyndon, ya que no conocía todavía a la señorita Stoll. A lo mejor resultaba que fraülein Stoll era una belleza. Lyndon casi se temía que sería así. Y sin la menor duda era inteligente. Tenía que

saberlo, para meterse en aquel asunto. Y esto era lo que a Lyndon no le gustaba de Ingemar Stoll: que se metiera en aquel asunto. Una mujer, entre tantos hombres, no auguraba nada bueno. Y no es que Lyndon temiera desavenencias en el grupo por culpa de la femineidad de Ingemar Stoll, nada de eso: es que le reventaba que cuando los hombres se ponían a discutir de cosas serias las mujeres metieran sus narices.

Pero, en fin, Ingemar Stoll había sido seleccionada como contacto de confianza, y había que aceptarla. Si los altos directivos de la CIA aceptaban a la señorita Stoll, los agentes, por muy especiales que fuesen, como era el caso de Lyndon Aldeman, punto en boca y a obedecer...

—Se está retrasando —dijo el hombre que esperaba junto a Lyndon.

Éste miró su reloj de pulsera, y encogió los hombros.

—Sí, pero no es culpa suya —replicó.

Eso sí: Lyndon era no sólo consecuente, sino ecuánime, justo, imparcial, absolutamente honesto en sus enjuiciamientos. La culpa del retraso de la señorita Stoll era de la CIA, indudablemente. A saber: la CIA había enviado personal adecuado a recoger discretamente (por no decir secretamente) a Ingemar Stoll a cierto aeropuerto de los Estados Unidos, y, desde allí, se había encargado de transportar a la señorita Stoll, en helicóptero, hasta el lugar donde la estaba esperando Lyndon con su compañero Angus Joyce. Así que, ¿de quién sino de la CIA podía ser la culpa si la señorita Stoll llegaba con retraso al lugar de la cita?

—Jodido calor —masculló ahora Angus Joyce.

—Sí, jodido calor. Maldita sea, Angus, ¡cierra el pico!

—Vete al huevo —gruñó Joyce.

Y él se dirigió hacia la sombra de aquel grupito de árboles donde habían dejado el coche, dejando a Lyndon sólo bajo el implacable sol tejano de cien mil demonios en plena orgía. Una vez bajo la sombra, Joyce encendió un cigarrillo, y lanzó un suspiro de satisfacción.

«No he debido enviarlo al huevo —se dijo—, pero me tiene harto con sus imperturbilabi... imputerbili... imperturbabilidad de los cojones. ¡Joder, qué palabra!».

Se quedó mirando a Lyndon, que seguía resistiendo el sol para

que el piloto del helicóptero pudiera verlo bien al pasar por la zona. ¡Pues no era nadie Lyndon Aldeman! Metro ochenta y cinco de músculos, un cerebro de primera categoría, treinta y cinco años empollando todo lo empollable, y más peligroso que un rebaño de alacranes. Pero sobre todo, listo. ¡Vaya si era listo Lyndon Aldeman! En dos patadas, como suele decirse, había escalado un puesto de cierta importancia en la CIA, y era sabido que aquella misión que acababan de afrontar constituiría algo así como la piedra de toque para decidir si Aldeman era promovido inmediatamente a más altos y responsables puestos dentro del organismo de espionaje más siniestro del mundo: la CIA, claro.

Lyndon lo aguantaba todo. Incluso el sol de aquel lugar. Y es que la gente tiene cada ocurrencia. A ver ¿no había sido la mar de simpático esperar a la señorita Stoll en un sitio fresco, agradable, y donde nada más llegar se la pudiese invitar a cerveza, coca-cola,

o un martini, o incluso champán si le venía de gusto?

¿Habría sido simpático o no? ¿A que sí? Pues nada, la estaban esperando en el centro del condado de Terrell, cuyo límite Sur era fronterizo con el Río Grande y por tanto con México. El Pecos se deslizaba a unas veinte millas del lugar. Era un paisaje estupendo... para una película del Oeste, pero no para que gente civilizada estuviera allí de plantón. ¡Y menos mal que habían encontrado cuatro jodidos árboles donde meter el coche y bajo los cuales fumar un cigarrillo! Porque lo que era sol no faltaba. Hacía tanto calor que Angus Joyce pensó, con súbita sonrisa, en el viejo chiste, y se dijo:

«Nada más faltaría que se me pusieran los huevos duros, cocidos».

¡Vaya sitio para cabalgar, compadre! Pero para esperar a una mujer, nada de nada. Campos, montes, el sol de cien mil demonios..., y el rumor del maldito helicóptero, ¡por fin!

Lyndon Aldeman estaba mirando ya hacia el cielo cuando Joyce oyó el zumbido del helicóptero, que apareció muy pronto, reluciendo bajo los rayos del implacable sol de la tarde. Angus aplastó el cigarrillo en el suelo, y fue a reunirse con Lyndon.

—No se han retrasado demasiado, después de todo —dijo.

Esta vez, Lyndon no contestó. Seguía mirando el helicóptero, que poco después se posaba en tierra a unos treinta metros de ellos.

Cuando llegaron junto al aparato las aspas habían dejado de girar, y el polvo comenzaba a posarse. La portezuela derecha del aparato fue abierta desde dentro, y apareció el rostro de un hombre; detrás se veía otro rostro masculino, igualmente duro y expectante, incluso casi desconfiado.

—¿Aldeman? —preguntó el sujeto.

—El que viste y calza —masculó Lyndon la idiota consigna.

—Que sea por muchos años —sonrió el otro como una hiena; y añadió ahora ya de su propia cosecha—: pero que yo te entierre.

—Vete al huevo —gaznó Angus Joyce—. ¿Viene o no viene la alemana?

—Viene —asintió el otro agente de la CIA.

Saltó a tierra, y se volvió, para ayudar a hacer lo mismo a la mujer que estaban esperando. Al verla, Lyndon suspiró contenidamente: tal como había temido, la muy alemana oriental señorita Stoll era preciosa. Estaba como un tren, vamos. Soltó un gruñido cuando, corroborando su opinión, Angus le dio un codazo en un costado, como diciendo «¡vaya tía!, ¿eh? ¿Eh, tú?». De buena gana, Lyndon le habría metido el puño en el hígado a Angus, pero se aguantó. Su atención se concentraba en Ingemar Stoll, que ya en tierra y frente a él le observaba con discreto interés, mientras su equipaje era descargado rápidamente.

Alta, rubia, ojos azules tirando a verdosos, con un cuerpo escultural y macizo de verdad, menos de treinta años, expresión inteligente, y algo así como una sonrisa en el fondo de sus grandes ojos, Ingemar Stoll no tenía desperdicio ni reproche alguno. Claro, faltaba comprobar su inteligencia, pero al menos tenía la sonrisita, y unos pechos que aquella noche harían soñar a Angus Joyce orgías sin fin...

—La señorita Ingemar Stoll —decía el agente de la CIA del helicóptero—... Ellos son los agentes Aldeman y Joyce, encargados de llevarla al punto de reunión. Aldeman es el jefe de los servicios de seguridad para esta operación, y, en líneas generales, cualquier cosa que precise deberá pedírsela a él.

—Encantada, señor Aldeman —murmuró Ingemar Stoll—. Señor Joyce...

—Encantado —gruñó Lyndon.

—Hola, ¿qué tal? —sonrió Angus, haciéndose cargo del equipaje

de Ingemar Stoll.

—Bien, muchachos —dijo el otro—, el paquete es vuestro, así que hasta la vista. Perdona lo de «paquete», señorita Stoll. Es una cost...

—No se preocupe. Estoy al corriente de sus modos de expresión, y sé que no ha pretendido molestarme.

—Desde luego que no —sonrió el agente americano—. Feliz estancia Adiós, vosotros.

Segundos más tarde el helicóptero se marchaba del lugar, en dirección diferente a la que había llegado. La recién llegada Ingemar Stoll y los dos receptores del desierto caminaban ya hacia el automóvil estacionado a la sombra de cuatro raquíticos árboles. Angus Joyce se sentó ante el volante, y Lyndon y la señorita Stoll lo hicieron en el asiento de atrás.

Angus puso en marcha el coche, saliendo al sol, que era cegador y coda las piedras.

—¿Estamos en el Llano Estacado? —preguntó de pronto Ingemar.

—¡Demonios, no! —Respingó Angus—. ¡No tanto, caramba! El Llano está más al Norte.

—Ah. Me habría hecho ilusión aterrizar en el Llano Estacado.

—¿Y encontrar jinetes con revólver al cinto? —sugirió Angus.

—No tanto —rió Ingemar—. Ya sé que esos tiempos pasaron. He leído algunas novelas del Oeste.

—Ya. ¿Y qué? ¿Le gustaron?

—Oh, sí, muchísimo. ¡Y no digamos las películas!

Lyndon le dirigió una torva mirada, soltó un gruñido, y volvió a mirar hacia el soleado exterior.

—¿Cuál es su actor norteamericano preferido? —preguntó el cortés y charlatán Angus Joyce.

—Mi actor preferido es ruso, señor Joyce.

Éste se atragantó. Lyndon no pudo contener una brevísima carcajada, ni su lengua vengativa diciendo:

—Te está bien empleado, por bocazas. Hablas demasiado.

—Claro que no —le miró divertida Ingemar—. Simplemente, él ha hecho una pregunta y yo la he contestado. No he pretendido molestarle... Y en cualquier caso, me gustan mucho Paul Newman, Richard Gere y Stallone. Pero el que siempre me gustó más que

ningún otro es Gary Cooper.

—Ya veo —refunfuñó Joyce—. Sí, era de los mejores.

—Sin duda. ¿Estamos muy lejos del lugar?

—Apenas veinte millas. Un paseo, ya que pronto alcanzaremos una carretera más aceptable, y luego una hermosa autopista. Podrá usted descansar satisfactoriamente en el Wild Texas Motel. ¿Sabe usted que todavía no ha sido inaugurado?

—No. No tenía ni idea del lugar al que me llevan, señor Joyce.

—Claro. Bueno, es un motel de lujo que ha sido terminado hace un par de semanas, y antes de inaugurarlo oficialmente la CIA lo solicitó para esta reunión. Es un sitio aislado, pero dispone de todas las comodidades, incluso una hermosa piscina, ¿verdad, Lyn?

—Verdad —asintió éste—. Deja que la señorita Stoll se convenza por sí misma. A propósito, señorita Stoll: ¿ha tenido buen viaje desde Berlín?

—Muy bueno, gracias. La CIA lo ha dispuesto todo muy bien.

—Lo celebro. No la entretendremos mucho en Texas. Usted ha sido la última en llegar a la reunión, de modo que podremos empezar inmediatamente las conversaciones, y esperemos que no duren más allá de una semana.

—Pero si duran toda una semana —dijo Angus— tómese lo como unas vacaciones. ¡Pues no se está bien ni nada en ese motel para millonarios! Porque no se crea que cuando lo inauguren podrá ir a él cualquier pelanas, nada de eso: es algo así como un oasis de lujo en el desierto, así que la mayoría de clientes irán a él en sus avionetas o helicópteros, y vivirán...

—Hablas demasiado —dijo Lyndon.

—Maldita sea tu estampa —no pudo contenerse Angus—... ¡Vete al huevo!

La señorita Ingemar Stoll, procedente de la Alemania Oriental, no pudo evitar una carcajada. Acto seguido se sofocó graciosamente, y se puso a mirar por la ventanilla lo poco que había por mirar, mientras el mosqueado Lyndon Aldeman la miraba a ella, que sí tenía mucho que ofrecer a la vista.

Por fortuna, el resto del viaje fue corto, pues se había hecho un silencio un tanto molesto en el interior del automóvil entre sus tres ocupantes. Alcanzaron primero una carretera, y luego, en efecto, una autopista que en determinado momento estaba cortada por una

valla y una serie de avisos, cosas ambas de las que Angus Joyce prescindió, bordeando la primera para rodar sobre el pedregal y regresar a la fina pista que, a los pocos minutos, les permitía llegar al Wild Texas Motel.

Primero, en medio de aquel soleado pedregal ardiente, se veía el verdor inesperado e inusitado de la vegetación; luego, se divisaban los tejados ocres de algunas construcciones. Finalmente, se alcanzaba la entrada al recinto del motel, cerca de la cual, como distraídos, había dos hombres en cuyas axilas se marcaba de modo apenas perceptible la forma de una funda de pistola.

El motel parecía totalmente un exótico para jugar al golf, pistas de tenis, un edificio donde se abriría un restaurante y dotado de salones para convenciones, flores, árboles, sendas encantadoras con bancos a la sombra. Las «cabañas» eran simplemente espléndidos chalés de una sola planta, como aplastados sobre el terreno, y pintados de color tierra...

Angus Joyce, que se permitió dar una vuelta por los senderos y carretera interior, a fin de que Ingemar Stoll lo viese todo al menos en su conjunto exterior, detuvo finalmente el coche y se volvió hacia la alemana, sonriendo.

—Qué le parece, ¿eh?

—Es un lugar precioso, señor Joyce. Y usted es muy amable. Gracias.

Angus reflexionó un momento, miró a Lyndon, y lo señaló:

—El también es amable. Lo que pasa es que esta reunión es muy importante, y está preocupado por sus responsabilidades como anfitrión y jefe de seguridad. Los dos estamos a su disposición, ¿verdad, Lyn?

—Desde luego —forzó un gesto amable Aldeman—. Todo el personal destinado estos días en el motel está a su disposición, señorita Stoll.

—Gracias de nuevo. ¿Éste es mi alojamiento?

Ingemar señaló el chalé ante el cual se habían detenido. Joyce asintió, se apeó, y tras abrirle la portezuela a Ingemar procedió a descargar del coche las dos únicas maletas que habían sido traspasadas del helicóptero al coche. Un hombre salió del chalé, se hizo cargo del equipaje, y dijo:

—Sígueme, señorita Stoll: la ayudaré a instalarse.

—Hasta luego —se despidió Angus—. Seguramente nos veremos a la hora de la cena, señorita Stoll.

—Hasta luego —sonrió Ingeniar.

Joyce y Aldeman se sonrieron de nuevo en el coche, y se dirigieron hacia el edificio mayor donde estaba el centro de control de aquella misión de la CIA, en uno de los salones que más adelante servirían para convenciones y reuniones de millonarios.

—Es un bombón, ¿eh? —expresó alegremente Angus.

—No está mal.

—¡Que no está mal! ¡Anda ya, cegato! ¡Ni con lentes de magia ves tú tres mujeres como ésta al año! ¡No te... joroba!

—Preferiría que no hubiera mujeres en este asunto.

—A buena hora, compadre. Ha llegado una, así que tendrás que resignarte. Y además, maldita sea, ¿qué tiene de malo que en una reunión de tíos feos haya una chica como ésa? ¡Pero si sólo de verle la carita ya se le alegra a uno el corazón!

—Sí, sí, el corazón... Ya, ya.

—Te juro que no se me había ocurrido tirármela.

—No jures, que está feo.

—Sobre todo cuando se jura en falso. —Angus se echó a reír—. ¡Ya lo creo que me la tiraría!

—Angus, no me provoques: sé que te has dado cuenta de que este asunto es muy serio, y que sólo estás intentando fastidiarme. Ya vale, ¿de acuerdo? Tenlo presente, o te romperé la nariz a guantazos.

—Joder, cómo te pones, total porque hay una mujer en el asunto...

Apenas tres minutos más tarde, ya dentro de la sala donde estaban todos los aparatos sofisticados de control y todo el personal encargado de manejarlos, Angus Joyce casi soltó la carcajada cuando el jefe de control se acercó a ellos, miró expectante a Lyndon, y dijo:

—Nos envían otra mujer, Lyndon.

—¿Qué?

—Una psicóloga.

—¿Una qué?

—Se llama Deborah Devonshire, la envían directamente desde la Central los peces gordos, al parecer recomendada por el señor

presidente, y...

—¿Qué presidente?

—El presidente de los Estados Unidos de América.

—La madre que la parió.

—Bueno, ella viene a trabajar en el asunto, naturalmente, así que se supone que estará a tus órdenes.

—¿Y para qué coño quiero yo una psicóloga? —Gruñó Lyndon.

—Al parecer para que estudie... discretamente a todos los contactos de confianza aquí convocados y determine si alguno está mintiendo, fingiendo, o, de cualquier modo, tiene cualquier clase de malas, retorcidas u ocultas intenciones.

—Atiza —exclamó Angus—. ¿Y esa psicóloga puede saber eso estudiando a los contactos invitados? ¿Acaso es una pitonisa?

Hank Loriman encogió los hombros.

—La envían, eso es todo. Y recomendada su intervención por el señor presidente, así que cuidado con ella. Llegará a las diez de la noche, aproximadamente.

—Maldita sea mi stampa —dijo Lyndon.

Angus Joyce se frotó alegremente las manos.

—Hombre, otra mujer... ¡Y apuesto a que está tan buena o más que la señorita Stoll! ¡Que por algo es americana!

CAPÍTULO II

A las diez de la noche prácticamente en punto la doctora en psicología Deborah Devonshire llegó en helicóptero al Wild Texas Motel, enclavado en una de las más agrestes zonas de Texas cerca del Pecos River. El helicóptero que la transportaba era pequeño y veloz, y llegó procedente del Noroeste. Aterrizó frente a la gran cabaña conserjería donde además estaban los servicios de lo que en breve sería un motel de superlujo para millonarios, y, en cuanto la doctora Devonshire se hubo apeado alzó de nuevo el vuelo y desapareció en las sombras de la noche.

—Bueno, ahí la tenemos —había gruñido Lyndon Aldeman comenzando a caminar hacia la recién llegada.

—Por lo menos ya sabemos una cosa segura de ella —murmuró su fiel amigo y compañero Angus Joyce—: es alta.

—Y gorda —masculló Aldeman.

Joyce torció el gesto. La explanada frente de la conserjería estaba a oscuras, pero llegaba desde ésta la suficiente luz para que se pudiese distinguir perfectamente la figura de la mujer que esperaba a pie firme, sola, con un par de maletas en el suelo cerca de ella.

—Ha llegado muy misteriosamente —masculló todavía Aldeman, sin dejar de caminar hacia Deborah Devonshire—: nadie la acompaña, nadie ha hecho más presentaciones de ella... Simplemente, la desembarcan y se van.

—Sí que es gorda —admitió de mala gana Joyce—. ¡Vaya decepción!

—¿Qué esperabas? ¿Una jovencita virginal radiante de belleza celestial?

—Hombre, pues no habría estado mal —rió por lo bajo Joyce—.

¡Y tus versos tampoco están mal!

Desde luego la doctora Devonshire era alta, eso no podía discutírselo nadie, y quedó en evidencia cuando ambos agentes de la CIA se detuvieron frente a ella, que recita a de lleno la luz de la conserjería del motel. Alta de verdad, pues con zapatos debía rozar el metro ochenta. Lo de gorda era más o menos discutible, pero, ciertamente, era maciza. Y rubia.

Una alta, rubia, maciza doctora que llevaba lentes y cuyos rasgos, a primera vista en la que no muy bien iluminada zona, no parecían demasiado agraciados. Tal vez resultaban un tanto duros, o fríos. Tras los cristales de los lentes sus ojos relucían con energía. Angus Joyce no pudo por menos de reparar que la doctora Devonshire tenía unos pechos dignos de consideración. O lo parecía... Oh, vamos, claro que los tenía, porque... ¿a quién se iba a ocurrir ponerse una trampa tan exagerada, dar tal volumen a los pechos?

—Sea bien venida, doctora Devonshire —llegó diciendo Aldeman—. Soy Lyndon Aldeman, y mi compañero es Angus Joyce.

—Pues yo lamento no ser una jovencita virginal de radiante belleza celestial, señor Aldeman.

Los dos agentes de la CIA quedaron patitiesos. Acto seguido, Joyce soltó una contenida carcajada, mientras Aldeman fruncía el ceño.

—Lamento que me haya oído —masculló—. Le aseguro que no pretendía molestarla.

—Soy alta y gorda pero no sorda. Por fuerza tenía que oírles.

—Lo lamento —insistió Aldeman—. Permítanos llevarle el equipaje a la cabaña que se le ha asignado. Bueno, no son «cabañas», sino chalés muy bien acondicionados en todos los aspectos, muy confortables. El suyo es el número tres, muy cerca de la conserjería.

—¿Y el de usted?

—Angus y yo compartimos el dos.

—¿Y el uno?

—Ha sido habilitado rápidamente como... consultorio de usted. No cabe duda de que goza usted de alta estima en círculos importantes de Washington.

—Soy amiga del señor presidente, si es eso lo que está

sondeando usted —dijo secamente Deborah—. Creo que ya fueron informados de eso.

—En efecto. Angus estaba deseando conocerla.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Estaba convencido de que siendo usted americana sería más guapa e incluso más simpática que la alemana Ingemar Stoll.

—¿Y no es así?

—Ni mucho menos —replicó cruelmente Aldeman—. La señorita Stoll es encantadora.

—Hace muchos años que desconfío de las personas «encantadoras».

—Sí, ya supongo que debe hacer muchos años.

—Oigan —propuso Joyce, que estaba no poco sobresaltado—: ¿quieren una pistola cada uno? Así el duelo será más duro todavía ¡Caray! Me permito recordarles que estamos juntos en esto, trabajando para una causa común.

—Bueno —dijo Deborah—, si realmente se trata de trabajar y no de organizar un concurso de belleza quizá lleguemos a entendernos bien.

Joyce volvió a reír, y Aldeman frunció el ceño. En ese momento llegaban ante el chalé número tres, cuyo porche subió Aldeman. Abrió la puerta, la empujó, y encendió la luz del interior. La doctora Devonshire fue la primera en entrar, seguida por los dos hombres, cada uno cargado con una maleta; ella llevaba un pequeño maletín de viaje.

—Supongo —dijo— que todo el recinto del motel está sometido a unas normas mínimas de seguridad, señor Aldeman.

—No tema nadie la va a secuestrar.

—¿Está usted seguro?

—Tendrían que pasar por encima de mi cadáver.

—Eso no estaría nada mal —sonrió Deborah Devonshire.

Aldeman quedó sombrío. Joyce quedó sorprendido por la sonrisa de la doctora, que por un momento le parecía de lo más juvenil y simpática. Claro que habían sido figuraciones suyas, claro. ¿O no? ¿Cuántos años debía tener la doctora? ¿Cincuenta? No, ¡qué barbaridad! La verdad es que mirando detenidamente sus ojos oscuros...

—¿Qué mira usted?

Joyce respingó. Se había quedado embozado mirando los ojos de la doctora, y, naturalmente, ésta había tenido que darse por enterada.

—Nada... Nada.

—El personal es todo masculino en esta misión —dijo entre gruñidos Lyndon Aldeman—, lo que significa, naturalmente, que todas las cosas se harán bien y a su debido tiempo. Cualquier cosa que necesite puede pedirla utilizando el teléfono interior. Marque el 08.

—¿Qué número debo marcar para ponerme en contacto con ustedes?

—El 02. Pero nosotros no le traeremos el té ni una bolsa de agua caliente. Tenemos otras cosas que hacer.

—Me gustaría echar mañana un vistazo a los servicios de seguridad y los de comunicaciones y control.

—¿No debería preocuparse más por su consultorio?

—Ya sé cómo es y cómo funciona un consultorio médico. Y me pregunto si ha sido usted informado de que a todos los efectos yo soy doctora en medicina, y que estoy aquí por si cualquiera de los contactos precisara esa clase de servicios.

—Sabemos eso —dijo Joyce—. Y me pregunto qué pasará si eso llega a ocurrir. Suponga usted que uno de los contactos tenga un dolor de vientre... ¿Qué haría usted, que es doctora en psicología?

—Saldríamos del paso, señor Joyce.

—Así lo esperamos. ¿Quiere comer algo?

—Ya he cenado, gracias.

—De acuerdo. En cualquier caso, en el frigorífico tiene de todo.

—Lo dudo. A menos que me diga usted que hay champán.

—El champán lo terminé yo esta tarde bañándome —replicó sarcásticamente Aldeman—, pero si usted quiere puede llamar al señor presidente a ver si nos autoriza ese gasto en el presupuesto de este trabajo.

—No es ninguna mala idea, señor Aldeman. Sí, por favor, llame al señor presidente y dígame que Debbie ha llegado bien.

—¿Está hablando en serio?

—¿Usted qué cree?

—No estoy autorizado para llamar desde aquí al señor presidente, doctora Devonshire —comenzó a impacientarse

Aldeman.

—Pues a quienquiera que sea su contacto de jefatura. Y no se olvide de pedir el champán para que lo traigan lo más rápidamente posible.

El gesto de Lyndon era entre sarcástico y agresivo. Joyce comenzaba a sonreír sin poder ocultarlo, porque se estaba dando cuenta de que le gustaban los ojos y los labios de la doctora Devonshire. Sí, era maciza, pero... tenía algo..., algo... ¿Cómo lo diría él...?

—Vámonos, Angus.

—¿Eh...?

—Que nos vamos. ¿Estás sordo? —Lyndon lo miraba cabreado —. ¿O te has dormido de pie?

—No. Estoy despierto..., creo.

—Pues camina. Buenas noches, doctora Devonshire.

—Eso —sonrió Joyce—: buenas noches, doctora.

—¿A qué hora empezamos a trabajar por la mañana? —preguntó ella.

—A las cinco —lanzó venenosamente Aldeman.

—En ese caso, que me despierten a las cinco menos cuarto.

—Oiga, que es una broma —respingó Joyce—: ¡qué cinco ni qué...!

—Cierra la boca —refunfuñó Aldeman, tirando de un brazo de Joyce—. Y no molestemos más a la doctora, que debe estar cansadísima del viaje.

Lyndon casi sacó a Joyce a empujones del chalé número tres. Una vez afuera, Joyce se revolvió rápidamente.

—Pero ¡qué demonios te pasa...! —protestó—. No entiendo qué te ha ocurrido nada más ver a la doctora. A fin de cuentas nosotros empezamos a decir cosas desagradables de ella, ¿no? Dijimos que era alta, que era gorda, y tú te cachondeaste con todo eso de la chica virginal celestial..., y si hubiéramos tenido más tiempo aún habríamos dicho más cosas. ¿O no?

—Cierra la boca.

—Vete al huevo, cariño —gruñó Joyce—. Y te diré otra cosa: no sé qué he visto en la doctora, pero no me disgustaría nada meterle un polvo.

—Apuesto a que si le haces esa proposición aceptará encantada.

No creo que situaciones como ésa se le presenten a diario.

—Pues yo creo que ha de estar succulenta. Una vez conocí a una pelirroja que todavía era más gorda que la doctora, y que tenía unos pechos así. —Joyce los marcó en el aire ante su tórax—, algo increíble, tú. Parecía que ni siquiera podría moverse, pero ¡muchacho, una vez en la cama fue algo extraordinario! Nada más te diré que es puro milagro que yo esté aquí: creí que me iba a devorar.

—Eso debes haberlo soñado —sonrió Aldeman.

—Que no, coño.

—Angus, déjame tranquilo, ¿quieres? Son casi las diez y media de la noche, hemos tenido un día de lo más perro, y, simplemente, estoy deseando acostarme y dormir por lo menos hasta las ocho de la mañana. ¿Okay?

—Okay, hombre, Okay. A mí tampoco me irá mal dormir nueve o diez horas seguidas. Además, tienes razón: hasta que hemos reunido aquí a todos los contactos de confianza y los hemos instalado no se puede decir que hayamos llevado una vida descansada. ¡Qué demonios, me voy a poner a roncar de tal modo que no me despertará ni un cañonazo!

* * *

Le despertó el timbrado del teléfono. Luego, dejó de arlo. Estaba entre despierto y dormido. Juraría que había oído el teléfono, pero, naturalmente, había sido un sueño. Ya no lo oía. Ahora oía una voz... Conocía aquella voz.

Lentamente, Angus Joyce abrió los ojos a la oscuridad. Hacia los pies de su cama vio luz. Se incorporó un poco, y vio la mancha amarillenta por el suelo del pasillo que distribuía las tres habitaciones del chalé; oyó ahora más claramente la voz de Lyndon Aldeman, y, en seguida, el sonido característico de un auricular al ser colocado en la horquilla. Vagamente, le llegaban los refunfuños de Aldeman. Miró la hora en su reloj de pulsera de esfera luminosa. ¡Cielo santo, eran las cinco de la mañana! ¿Qué podía estar ocurriendo?

—Lyn —llamó—. ¿Qué ocurre?

Oyó algo así como una maldición y un chorro de palabrotas.

Joyce terminó de despertar, y se sentó en la cama.

—¿Qué pasa? —insistió.

Lyndon Aldeman apareció en el hueco de la puerta de su dormitorio, desnudo y con un zapato en una mano.

—¿Que qué pasa? —Casi gritó—. ¡Esa chiflada, que acaba de llamarme para decirme que ya son las cinco de la mañana, y que qué pasa que no he ido a buscarla para empezar a trabajar!

—¿De qué estás hablando?

—¿De qué voy a estar hablando? —aulló Aldeman—. ¡De esa maldita chiflada, de la doctora Devonshire! ¡Me está esperando en el porche de su chalé!

—¿A ti solo? ¿O a los dos?

—¡A mí solo!

—Ah, bueno, menos mal —sonrió Joyce—. Hasta luego, Lyn.

—¡Maldita sea!

Apenas seis minutos más tarde Lyndon Aldeman se reunía con la doctora Devonshire en el lugar convenido. Todavía era de noche, y no se podía decir que Aldeman llegase de buen humor precisamente. Nada más subir al porche, apuntó con un dedote a Deborah, que se hallaba sentada en una mecedora.

—¡Escuche usted...!

—¿Qué le pasa? —le interrumpió Deborah—. ¿Usted puede gastar bromas y los demás no podemos?

—¡No es ninguna broma sacarle a uno de la cama a las cinco de la mañana! ¡Maldita sea mi estampa: pero si todavía es de NOCHE!

—Por poco tiempo. Si se sienta aquí —señaló otra mecedora junto a la suya— verá salir el sol, lo que además de ser un espectáculo fascinante es muy vitalizante. Dígame, señor Aldeman: ¿cuánto tiempo hace que no ve usted salir el sol?

—No tengo ni idea —masculló Lyndon.

—Pues aproveche la oportunidad. Sea sincero: ¿cree que tendrá muchas oportunidades de ver salir el sol en un lugar como éste?

Lyndon Aldeman se quedó mirando a Deborah Devonshire a la luz de las estrellas. Luego, miró hacia el Este, de nuevo a la doctora... Por fin, tras soltar un apagado gruñido, se dejó caer en la mecedora.

Ni siquiera diez minutos más tarde comenzó a salir el sol. La temperatura era agradable ya. El colorido del amanecer era

bellísimo. Un tono intensamente rojo lo llenaba todo; luego fue perdiendo intensidad, y tomándose amarillento. Realmente parecía una bola de fuego. Lyndon Aldeman sintió el grato calor, y se estremeció.

—¿Lo ve? —Oyó—: acaba de ser usted revitalizado.

—¿Qué demonios se propone usted?

—Me gustaría ver cómo está montado todo el sistema de seguridad en tomo al motel y dentro mismo, y como no era cosa de pasearse por ahí de noche se me ocurrió que esta hora era la buena, cuando los contactos de confianza están durmiendo. Así les evitamos preguntarse con gran intriga qué hace una doctora revisando sistemas de seguridad, y de comunicación, y todo eso.

Aldeman parpadeó, se mordió los labios, y luego soltó un gruñido:

—Permítame que sea yo quien me intrigue —murmuró—: ¿qué tiene que ver usted con los sistemas de seguridad que Yo dirijo?

—Señor Aldeman, se me ha encargado que realice discretamente un estudio psicológico de usted y de sus sistemas de trabajo y comportamiento durante el mismo. ¿No sospechaba usted eso?

—No —se pasmó Aldeman—. ¡Desde luego que no!

—Tal vez no he debido decírselo, pero me ha parecido que no sería justo por mi parte, pues usted se está comportando casi desagradablemente conmigo, y eso daría quizá lugar a que yo presentase un informe desfavorable que no sería justo..., o al menos exacto. Según tengo entendido usted está en ruta hacia algún cargo relativamente importante dentro de la CIA, y yo soy uno de los *tests* que tendrá que pasar. Quiero ser ecuánime, y para ello debo facilitarle a usted que se comporte como suele hacerlo habitualmente, no irritado porque le hayan introducido una psicóloga gorda en su trabajo.

Lyndon Aldeman, que estaba sencillamente pasmado, cerró de repente los ojos, estuvo así unos segundos, aspiró hondo, y abrió de nuevo los ojos.

—De verdad lo siento —murmuró—: es que no me gusta trabajar con mujeres. Ya sé, ya sé, usted seguramente es eficaz, seguramente también lo es la señorita Stoll, y debe haber muchísimas mujeres eficientes en el mundo... Pero a mí no me gusta trabajar con mujeres.

—¿Por qué?

—¿Esa pregunta forma parte del *test* psicológico?

—Por supuesto.

—En ese caso la contestaré, siempre y cuando usted utilice sólo sus conclusiones sobre mi respuesta, no la información completa, que ni siquiera consta en mi ficha personal en la Central. ¿Cuento con ello?

—Sí.

—Muy bien. Hace unos seis años, en el Líbano, trabajé con una muchacha libanesa preciosa que se enamoró de mí. Yo estaba realizando allí un trabajo cuya explicación no viene ahora el caso, y ella formaba parte de mis mecanismos de introducción en cierto grupo adverso a la CIA. Me dijo que ella podía introducirse en mi lugar en aquel grupo y conseguirme la información inicial que yo precisaba para comenzar a actuar en serio. Le dije que ni hablar, que eso era de chiflada. Ella dijo que al jefe de aquel grupo podía dominarlo y controlarlo a la perfección; estaba muy segura de sí misma. Volví a decirle que ni se le ocurriese semejante barbaridad... Estábamos en la cama mientras se sostenía esta conversación; ella se echó a reír, se pasó las manos por el cuerpo, y me preguntó si yo creía que un tipejo como aquél podría resistirse a una mujer como ella... ¿Sabe cuál fue la próxima noticia que tuve de ella, de la muchacha?

—¿Cuál?

—Bueno, nos despedimos por la mañana, y yo me fui a intentar un sistema introductorio en aquel grupo. A la noche, regresé al apartamento de ella, con el asunto bastante bien encarrillado. Ella estaba desnuda en la cama. Era por demás evidente que la habían violado repetidamente y maltratado de otros modos también; finalmente, la habían degollado. Para salir de su apartamento tuve que matar a tres hombres y dejarme tiras de piel en un campo lleno de excrementos... Y ella estaba muerta.

—Le comprendo —murmuro Deborah Devonshire—, pero no todas las mujeres son iguales.

—Tal vez no, pero sólo tengo una vida, y me gusta conservarla. No deje de tomar nota de eso en sus estudios psicológicos sobre mí... Espero que no sea una nota desfavorable.

—No podré emitir un juicio sobre usted hasta que le conozca

mejor —sonrió prietamente la doctora—. Bien, ¿le parece que vayamos a echar un vistazo a todo eso?

—¿Por qué no? Un paseo nos abrirá el apetito para el desayuno.

CAPÍTULO III

—¿Y qué dijo ella finalmente? —se interesó no poco Angus Joyce.

—Dijo que le parecía un sistema aceptable de vigilancia. Estuvimos en la sala de control, y despertamos a Hank, que se tomó las cosas con filosofía. Le expliqué a la doctora cómo funcionaban los sistemas de control del exterior y de comunicación con la Central y nuestros servicios auxiliares, y pareció entenderlo todo muy bien. Luego, dijo que sería buena idea que a las diez de la mañana le presentara a los contactos de confianza, a fin de conocerlos personalmente y comenzar a relacionarse con ellos, para estudiarlos.

—Caray... ¡Sí que se lo toma en serio!

—¿Tú no? —se sorprendió Aldeman.

—Hombre, sí, pero yo soy un profesional de estas cosas, y ella es una doctora en psicología nada más.

—Nada más, ¿eh? —Lyndon frunció el ceño—. Te diré una cosa, amiguito: cuando esa mujer te mire será mejor que pienses cosas buenas de ella, pues tengo la impresión de que llega hasta lo más hondo de tus pensamientos.

—Entonces... no ha sido ninguna tontería por parte de la dirección enviarla aquí.

—Desde luego que no —tuvo que admitir Aldeman—. De todos modos, no creo que ninguno de los contactos vaya a jugar sucio en una cosa como ésta: es demasiado importante... para todos. Bueno, ¿qué estás esperando?

—¿Yo?

—Tu abuela, si te parece. Venga, dúchate, aféitate, haz lo que tengas que hacer, ¡y de prisa! A las diez en punto quiero tener reunidos a los contactos para presentárselos a la doctora.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—¡Maldita sea tu estampa, levántate ya!

—Tranquilo —bostezó Joyce, estirándose en la cama y mirando perversamente a Aldeman—. ¡Demonios, qué bien he dormido! ¡Bueno, bueno, ya voy hombre, no puede uno ni bromear...!

Había saltado de la cama y corría hacia el cuarto de baño cuando la almohada lanzada por Aldeman todavía le alcanzó en las posaderas. Riendo, Angus Joyce se encerró en el cuarto de baño. ¡Vaya con la psicóloga...!

* * *

—... Y la señorita Ingemar Stoll —terminó las presentaciones Lyn Aldeman.

Deborah Devonshire, que había sido presentada a todos en primer lugar, había ido estrechando la mano a los contactos de confianza a medida que le iban siendo presentados. Por supuesto, cada uno de ellos encajaba perfectamente con las fotografías que le habían mostrado a Deborah.

El más guapo, sin duda alguna, era el francés, René Moulinon: alto, esbelto, elegante, de aspecto simpático e inteligente; debía tener alrededor de treinta y cinco años. El más feo, por el contrario, era el ruso, Revaz Petronov, cuya edad oscilaba entre los cincuenta y cincuenta y cinco; algo, grueso, melenudo, de labios finos y alargados ojos oscuros, parecía un viejo felino al acecho.

Herbert Dolby, el británico, tenía unos cuarenta años, era alto, atlético, rubio, de ojos azul clarísimo, y tenía una sonrisa suave, casi melosa, que a la doctora Devonshire no le gustó demasiado. Karl Schiller, de la Alemania Federal, era de estatura mediana, robusto, compacto; ojos y cabellos negros, cuello de toro, mirada penetrante, tal vez tenía cincuenta años. Chang Tsi King, el chino, podía tener quizá sesenta años, y era físicamente una insignificancia; sonreía como si todas las personas allí reunidas fuesen invitadas de él, y la doctora Devonshire llegó en el acto a la conclusión de que era el más inteligente de todos los reunidos. Saúl Gisinger, el israelita, era el más hosco y el más desconfiado; tenía unas facciones muy características, y sus ojos muy negros lo miraban todo escrutadoramente; no obstante, parecía muy cortés

con todos; era el más joven, alrededor de treinta años.

Esto, dejando aparte a la señorita Stoll, ciertamente, que no parecía alcanzar esa edad. Ingemar Stoll era bellísima, sus rubios cabellos no se parecían en absoluto a los de la doctora, y en cuanto a sus ojos azules y su espléndido cuerpo habría sido una crueldad tremenda compararlos a los «encantos» de Deborah Devonshire, la cual, en aquel momento, le estrechaba la mano, murmurando unas palabras de salutación.

—Bien —dijo Lyndon, terminadas las presentaciones—, opino que sería interesante dedicar el resto de la mañana a fijar un poco las posiciones de todos. ¿Les parece que tomemos café mientras tanto?

Algunos aceptaron, otros no. Joyce fue el encargado de pedir el café, y fue a sentarse en un sillón apartado, en un lado del salón donde se celebraba la primera reunión. El café llegó, se encendieron cigarrillos, la doctora Devonshire conversaba ya con Petronov, en inglés, por supuesto, idioma convenido para la reunión...

Finalmente, todos se quedaron mirando a Lyndon Aldeman.

Éste asintió, y comenzó a hablar.

—Esto parece una reunión informal de amigos, y, precisamente, *eso es lo que es* —dijo Lyndon—. El hecho de que hayamos recurrido al secreto para reunimos, y que estemos adoptando precauciones para no ser molestados, no da a esta reunión ningún cariz... clandestino o propiamente de espionaje. Todos sabemos que, generalmente, del espionaje se derivan consecuencias perjudiciales para alguien, y no voy a negar que, de modo habitual, la CIA a la que represento en estos momentos, suele enfocar sus actividades pensando básicamente en sus conveniencias e intereses. En esta ocasión, esto no es así. En esta ocasión, la CIA y todos ustedes estamos reunidos aquí para intentar encarrilar las cosas de modo que el mundo entero salga beneficiado. ¿Están todos de acuerdo en esto?

Hubo un murmullo de aprobación. Ingemar Stoll miraba complacida al apuesto Lyndon Aldeman, que tras una pausa prosiguió:

—Analicemos el propósito exacto y concreto de esta reunión: proceder a diversas desarticulaciones bélicas. Estas palabras, que a muchísimas personas no les parecerían suficientemente claras, para

nosotros lo están de un modo diáfano: significan, ni más ni menos, que cada uno de los aquí reunidos va a aportar datos, información fidedigna y concreta, que a la CIA le permita evaluar las posibilidades de intervenir en diversas contiendas bélicas actualmente vigentes a fin de terminar con ellas, de desarticularlas... Vamos a poner un ejemplo, tomando la situación de Afganistán. Supongamos que el señor Petronov aporta información procedente de ciertos círculos militares y políticos rusos que estarían dispuestos a escuchar condiciones dignas que permitieran a las tropas rusas retirarse de Afganistán, o, de un modo u otro, controlar la situación de modo que las muertes terminaran en el mencionado Afganistán. ¿Puede la CIA hacer algo al respecto? ¿Podría la CIA utilizar su influencia y su poder de alguna manera para que rusos y afganos terminasen sus enfrentamientos de una vez por todas a la espera de un próximo acuerdo satisfactorio para ambas partes? Si la CIA puede hacer eso utilizando la información del señor Petronov, lo hará. Pero claro, la información del señor Petronov debe ser directa, concreta y exacta. No se trata de trabajar con especulaciones del señor Petronov, sino con *informaciones* definitivas. Un ejemplo sencillo e ingenuo: el señor Petronov se ha enterado de que determinado político ruso podría interceder para el cese de las hostilidades si alguien le regalase... un chicle, por ejemplo. Pues la CIA busca el contacto con el político en cuestión y le regala el chicle que contentará al personaje que puede detener la contienda en Afganistán. O quizá lo que el político ruso querría sería que Estados Unidos regalase a Rusia mil toneladas de tomates. Pues la CIA indica a la Casa Blanca que Rusia acogería con sumo agrado mil toneladas de tomates, y con eso se logra el fin de una contienda. Es claro que estos ejemplos que he puesto son de lo más sencillo. Sabemos perfectamente que unas negociaciones de esa clase siempre resultarían laboriosas y un poco complicadas, pero, damas y caballeros, todos estamos reunidos aquí con esos propósitos y objetivos. ¿Cierto?

De nuevo hubo murmullos de asentimiento.

La doctora Devonshire alzó una mano, y Lyndon la miró atentamente.

—¿Sí, doctora?

—Ya sé que yo no estoy aquí para intervenir en estas cuestiones,

pero lo que he oído me ha intrigado y sobre todo me ha complacido mucho. ¿Lo he entendido bien? ¿Todos están aquí para aportar información de sus respectivos países que permitan a la CIA buscar resortes y contactos encaminados a desarticular guerras actualmente en vigor?

—Lo ha entendido usted perfectamente. Supongamos. —Lyndon sonrió prietamente— que usted sabe que al señor presidente de los Estados Unidos le encanta que a él le regalen habanos y a su esposa rosas. ¿No sería una buena idea por parte de la CIA sugerirle al señor Fidel Castro que enviase habanos y rosas a la Casa Blanca? ¿No sería ése un considerable buen punto de partida para iniciar negociaciones cuyos buenos resultados para ambos países son imprevisibles?

—Sin duda —asintió la doctora—. Gracias, señor Aldeman.

—No hay de qué. Al contrario, doctora: gracias por su interés. Y, ciertamente, si usted tiene alguna buena idea al respecto será bien acogida por todos. Mientras tanto, cada una de las personas aquí reunidas ha venido con una información de esa índole; informaciones conseguidas en los altos niveles de la sociedad, la política, o la milicia de su respectivo país. Supongamos que la señorita Stoll se entera de que Rusia se dispone a invadir Polonia... ¿No debería ella informar de esto a fin de que la CIA pudiera hacer veladas pero comprensibles sugerencias a Moscú sobre otras posibilidades menos cruentas de mantener las relaciones Moscú-Varsovia? Incluso, ni siquiera sería necesario que la señorita Stollitoll informase a la CIA: podría informar al señor Petronov, quien, pese a ser ruso y estar viviendo en Moscú, quizá no se habría enterado de las intenciones del Kremlin con respecto a Polonia Y en cuanto el señor Petronov se enterase por medio de la señorita Stoll de las intenciones de Kremlin, podría arreglárselas para deslizar en ciertos círculos soviéticos la información de que la CIA estaba al corriente de la invasión proyectada y que su reacción sería altamente perjudicial para los intereses rusos; posiblemente, esto detendría los planes del Kremlin, con lo que, una vez más, la labor de ustedes respaldados por la CIA continuaba siendo meritoria en alto grado. Y lo mismo podemos decir del señor Gisinger: si él conoce alguna información procedente de Tel Aviv que pueda disminuir las presiones bélicas en Oriente Medio mediante algunas

maniobras por parte de la CIA, ésta se halla dispuesta para realizar dichas maniobras, manipulaciones, presiones o sobornos..., lo que haga falta con tal de detener futuras contiendas y desarticular las actuales, a fin de ir avanzando aunque sea lentamente en busca de una paz progresiva que ojalá pudiera pronto llegar a ser total en el mundo... ¿Alguna duda?

Todo el mundo permaneció en silencio.

Ninguna duda, evidentemente.

—De acuerdo, entonces —sonrió Lyndon Aldeman—. Creo que no debemos precipitarnos, de modo que esta mañana podríamos dedicar el resto del tiempo a reflexionar sobre esto. Por la tarde, tal vez todos ustedes deseen ordenar sus pensamientos y sus apuntes, y, mañana por la mañana, comenzaremos a intercambiar información y a analizarla buscándole el mejor empleo posible. ¿Sí, señorita Stoll?

—Bueno —parecía turbada la bella Ingemar—, después de escucharle, señor Aldeman, me temo... que no voy a aportar nada realmente valioso. Me había parecido que lo era, pero... usted ha dado a todo esto un cariz tan serio y profundo que no sé..., quizá mi aportación sea insignificante.

—Por supuesto que no —rechazó Aldeman—: ninguna información destinada al estudio de proyectos para preceder a desarticulaciones bélicas es insignificante. Esto aparte, no estamos presionando a nadie ni estableciendo patrones de importancia en sus informes. Ustedes son contactos voluntarios y de confianza de la CIA, y nosotros aceptaremos y utilizaremos hasta donde sea posible todas sus informaciones. Ni siquiera hace falta que ustedes me recuerden que no dirán nada que pudiera perjudicar de alguna forma a su país respectivo: su información es sincera y destinada a ser utilizada para promover o conservar la paz. Nadie va a hacerles ninguna exigencia, créame.

—¿Me permite otra pregunta, señor Aldeman? —Alzó de nuevo la mano Deborah.

—Cómo no, doctora.

—¿Por qué estas personas ofrecen su información a la CIA en lugar de ofrecerlas, como a mí me parece lógico, al servicio secreto de su respectivo país?

—Todas las personas que están aquí saben muy bien que la CIA

tiene más recursos de toda clase que cualquier otro servicio secreto del mundo, aunque en la actualidad se quiera hacer creer al mundo que el espionaje soviético por lo menos iguala al nuestro y que el israelita los supera a ambos. No hay nada más cierto bajo el sol, doctora Devonshire, que la CIA es el más extendido y poderoso organismo de espionaje y contraespionaje del mundo desde hace tiempo, y todavía lo será por muchos años. Esto aparte, todos han comprendido también que la intervención de varios servicios secretos sólo serviría para complicar las cosas al crear recelos y rivalidades y posiblemente intereses propios. Interviniendo sólo la CIA todos esos inconvenientes quedan eliminados, de modo que cualquier esfuerzo realizado por cualquier persona es aprovechado al máximo en aras a este plan de desarticulaciones bélicas que ha sido llamado Half Peace.

—Un plan llamado Media Paz —pareció sorprenderse la doctora—. Pero bueno, es mejor media paz que ninguna paz.

—Y por algo se empieza —se permitió una sonrisa Lyndon—. ¿Alguna otra pregunta por parte de alguien?

—Bueno, yo...

—¿Sí, doctora? —Frunció el ceño Aldeman.

—Me pregunto si realmente estas personas confían en la CIA, y si es así cómo ha podido ser posible.

Se hizo un denso silencio que se prolongó. Aldeman contemplaba a Deborah con cierta animosidad. Por fin, masculló:

—¿Usted no confía en la CIA, doctora?

—A decir verdad, no —sonrió Deborah Devonshire, como pidiendo disculpas—. ¡Es que ha oído una tantas cosas...!

—Pero... ¿qué está diciendo? —se escandalizó y se irritó Lyn Aldeman—. ¡La CIA!, como cualquier servicio de esa línea, tiene sus cosas malas, pero NO TODAS son malas, doctora. Y la prueba la tenemos en que estamos invirtiendo tiempo, dinero, personal y ciertos riesgos en el Plan Half Peace.

—No tiene por qué enfadarse conmigo, señor Aldeman: sólo le he hecho algunas preguntas.

—De acuerdo —dijo secamente Lyndon—. ¿Alguien tiene alguna pregunta más, alguna sugerencia...? ¿No? En tal caso damos por terminada esta primera reunión formal. Gracias por su atención.

Aldeman se relajó, y los contactos de confianza, tías un instante

como de tensión, comenzaron a hablar entre sí, normalizando la situación. Lyn se acercó a Deborah, le hizo un gesto, y cuando ella, desconcertada, se puso en pie, la agarró de un brazo y la sacó del salón, y en seguida del edificio de la conserjería del motel.

—¿Está loca? —estalló por fin la indignación de Lyndon—. ¿Cómo malditos demonios se le ha ocurrido hacerme semejante pregunta y decir que usted no confía en la CIA? ¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo se le ha podido ocurrir eso?

—Señor Aldeman: ¿no es cierto que sin que los invitados lo sepan las reuniones son filmadas en vídeo-tape? Al menos, eso entendí esta madrugada, cuando usted me mostró todos los dispositivos de seguridad y vigilancia. ¿Han filmado esta reunión?

—Sí, por supuesto... ¡Espero que no se le ocurrirá decir también eso delante de los contactos!

—Me pregunto si ellos pueden ser tan tontos que no intuyan que la CIA está filmando las reuniones y hasta posiblemente sus conversaciones particulares y todos sus movimientos. Pero, en fin, eso aparte..., ¿podría yo visionar ahora mismo la filmación obtenida en el salón?

—Claro. Sí, por supuesto. ¿Con qué objeto?

—Bueno, se supone que soy una psicóloga experimentada, ¿recuerda usted esto? Y se me ocurrió que si yo decía que no confiaba en la CIA iba a provocar una serie de reacciones en los contactos que resultarían sumamente interesantes. Por ejemplo, una expresión facial podría darme mucho que pensar y quizá bastante que descubrir. Y no digamos si alguna de esas personas que tenga ciertas dudas respecto a la... honorabilidad de la CIA para este asunto decidiera sincerarse más o menos conmigo en el sentido de que tampoco ella confiaba demasiado en la sinceridad de nuestras intenciones. ¿No cree que es conveniente saber quiénes son esas personas, señor Aldeman?

Lyndon Aldeman, que ya hacía algunos segundos que se había quedado con la boca abierta, consiguió cerrarla por fin. Parpadeó, movió la cabeza, soltó el brazo de Deborah, y, de repente, sonrió.

—Bueno —dijo—, ahora ya tengo anotadas dos cualidades de usted, doctora Devonshire: tiene el oído muy fino y no es tonta. Vamos a ver esa filmación.

Un cuarto de hora más tarde, en una pequeña sala, se procedía a

la proyección de la filmación de un televisor especial, en colores. Se veía todo muy bien, se oía perfectamente. En la salita estaban Deborah, Aldeman, Joyce, y Hank Loriman, el jefe de los servicios de control. Todos asistieron en silencio a la proyección. Finalizada ésta, las miradas de los hombres se volvieron hacia Deborah.

—¿Y bien? —inquirió Lyndon, alzando una ceja.

—¿No lo han observado ustedes?

—¿A qué se refiere? —farfulló Joyce, que también empezaba a estar un tanto mosqueado con la doctora.

—Vuelvan atrás la proyección y deténganla cuando yo lo diga.

Hank Loriman se encargó de esto, manipulando el aparato. Cuando la doctora se lo pidió detuvo la proyección, congelando la imagen. Deborah fue mirando uno a uno a los tres hombres, y por fin preguntó:

—¿Ninguno ve nada especial?

—Me parece que no —dijo Lyndon—. ¿Qué ve usted?

—Pues, veo una cierta expresión de recelo en el rostro de la señorita Stoll en el momento en que yo digo que no confío en la CIA. ¿La ven ustedes o no?

Hubo algunos segundos de silencio. Por fin, Hank Loriman murmuró:

—Ahora que lo dice, sí, es cierto. Parece... un poco recelosa. La mira como si pensara que usted está mintiendo, o algo parecido.

—En cualquier caso —murmuró Angus Joyce—, su expresión es diferente a la de los demás invitados. ¿A qué cree usted que es debido esto, doctora?

—En mi opinión mis palabras han puesto en guardia a la señorita Stoll respecto a algo. Pero, caballeros, no me pregunten respecto a qué, pues sólo soy psicóloga, no adivina.

—Pues mire —farfulló Angus—, antes de que usted llegara hubo alguien que se refirió a usted llamándola pitonisa en cachondeo. No, no mire a Lyn: fui yo quien la llamó pitonisa..., y tal vez no fuese muy desencaminado.

—Le aseguro que de pitonisa no tengo nada, señor Joyce —sonrió Deborah—. Eso sí: me gusta hacer mi trabajo lo mejor posible.

—¡Pues vaya pareja que se han juntado! —bufó Angus.

—¿A quiénes se refiere?

—¡A usted y a Lyndon, que es un fanático de las cosas bien hechas!

—Ése es un fanatismo que puedo comprender. Tengo que pedir un favor a cualquiera de ustedes: ¿podrán prestarme un chándal? Me lo olvidé en casa.

El pasmo cundió en los tres hombres.

—¿Para qué quiere un chándal? —exclamó por fin Joyce.

—Tal vez ha llegado el momento de rebajar unos cuantos kilos, a fin de no volver a oír que me llaman «gorda». He oído decir que corriendo se afina la silueta, y aprovechando estos días en tan agradable lugar quizá pueda aprender a correr..., y quizá pierda unos cuantos kilos.

—Le pediremos un chándal —dijo Lyndon, todavía atónito—. Y tendré mucho gusto en dar unas vueltas acompañándola, doctora.

—Un momento —gruñó Joyce—. ¿Y yo qué? Cuando llegó la señorita Stoll te la metiste en el bolsillo. Ahora llega la doctora y también la quieres para ti. ¿Eso es justo?

—Déjate de tonterías, Angus. Tu trabajo...

—¿Qué me dices del *tuyo*? —saltó Joyce—. ¿No sería interesante que aprovechando tu ascendiente sobre la señorita Stoll intentaras averiguar qué clase de expresión es ésa. —Joyce señaló la pantalla — y qué podría significar con respecto a los resultados totales y finales de esta conferencia de contactos de confianza?

Deborah Devonshire rió francamente divertida al ver la expresión de Aldeman. Éste la miró, miró la pantalla del televisor, miró a Joyce, y de pronto gruñó:

—Vete al huevo.

CAPÍTULO IV

—Tengo..., tengo que parar —jadeó Deborah—. ¡No puedo más!

Angus Joyce, también en chándal, la miró de reojo, pero en seguida sonrió simpáticamente, y señaló un grupito de árboles situados en una de las pequeñas lomas del campo de golf, por el cual llevaban corriendo apenas diez minutos. Si es que a aquello se le podía llamar correr, claro.

—Podemos parar un rato allá, a la sombra de esos árboles —dijo—. Un descanso nos irá bien a los dos.

—Es usted... muy amable..., Angus.

Segundos más tarde se dejaban caer sobre la hierba. No había nadie en el campo de golf, ni se veía persona alguna en toda la extensión de terreno que se abarcaba desde allí. El sol de media tarde pegaba duro, y Angus, que apenas había comenzado a sudar, miró con cierta prevención a Deborah, que estaba sofocadísima, y cuyo abundantísimo pecho se agitaba perdido completamente el ritmo respiratorio.

—Quizá yo iba demasiado de prisa —murmuró el espía—. Lo siento.

—No se preocupe, ya..., ya me voy recuperando... ¡Dios mío, nunca como ahora... me había dado cuenta... de lo verdaderamente gorda... que estoy!

—Tampoco es para tanto.

—Vamos, Angus, sea sincero.

—Bueno —sonrió Joyce—, un poquito gorda si que está..., ¡pero eso la hace más apetitosa!

—¡Cielos! ¡No irá a decirme que es usted antropófago!

—No —rió Angus—. Me refería a la cuestión sexual. Ejem, esto... Bueno, lo que he querido decir es que... O sea...

—Siga, siga —chispeó la risa maliciosa en los ojos de Deborah.

—La cuestión es que, bien mirado, tiene usted un polvo tremendo.

—¡Vaya un modo de decir las cosas! —exclamó Deborah.

—¿Para qué decirlas de otro modo si usted, que a fin de cuentas es psicóloga, se daría cuenta de lo que realmente estaba pensando?

—Angus, ¡no me diga que le gusto! —rió la doctora.

—Le diré una cosa: con doce o quince kilos menos estaría usted de miedo. Y no le diga nada si se quitara esos lentes y se pusiera lentillas, y además se cuidara el pelo, como hace la alemana...

—O sea, que ahora estoy hecha un asco.

—¡Tampoco he querido decir eso! Lo que quería decir...

Angus se calló. Su mirada permaneció quieta, fija en un punto lejano. Deborah volvió la cabeza, siguiendo la dirección de la mirada del agente de la CÍA. De momento no vio nada, pero a los tres o cuatro segundos divisó perfectamente el destello solar... a ras de tierra, muy lejos, fuera de los límites del motel.

—¿Qué es eso? —se sorprendió.

Angus Joyce no contestó. Su mirada seguía fija en aquel punto, que volvió a destellar. De pronto, murmuró:

—En mi opinión sólo puede tratarse de reflejos del sol en un espejo.

—¿Quiere decir que hay alguien allá entreteniéndose en esas cosas de niños?

Angus la miró. Luego, miró a su alrededor, dentro del recinto del motel. Miró a todas partes con sumo interés, y de nuevo dedicó su atención a los destellos solares a ras de tierra, mientras preguntaba:

—¿Ve usted en alguna parte a alguno de los contactos, doctora? No busque ostensiblemente con la mirada, pero eche un buen vistazo. Quizá vea a alguno detrás de un árbol, o tendido en el suelo, o en la ventana de alguna casa... Mire con disimulo.

—Sí, ya..., ya lo estoy haciendo, pero... no veo a nadie...

—Siga mirando. Quédese aquí y siga mirando con disimulo. Si ve a alguien no demuestre haberlo visto: hable de esto solamente conmigo y cuando yo le pregunte al respecto, ¿de acuerdo?

—Sí, sí.

Joyce se puso en pie, y emprendió una carrerita cómoda hacia la conserjería, dejando sola a Deborah a la sombra de los árboles. La

doctora miró de nuevo alrededor, sin ver a nadie. Se dedicó plácidamente a eso y a descansar. Había visto a Joyce entrar en la conserjería, y al poco lo vio salir acompañado de Lyndon Aldeman, ambos casi corriendo. Se metieron en un coche, y partieron hacia la salida del motel, raudamente.

«Apuesto a que van al lugar donde Joyce y yo hemos visto los destellos del espejo...».

* * *

Por cierto que la doctora Devonshire no se equivocaba. Angus y Lyndon llegaron en menos de dos minutos al lugar que el primero indicó. Lyndon, que conducía, detuvo el automóvil, y se volvió a mirarlo.

—¿Estás seguro de que era aquí?

—Hombre, Lyn, aproximadamente... ¡Estaba en el campo de golf con la doctora! Yo diría que era por aquí, no aquí exactamente.

—Vamos a echar un vistazo.

Se apearon, quedando en el borde de la amplia carretera que conducía directamente a la entrada del motel y a ningún otro sitio; sólo al motel.

Lyndon fue el que descubrió, apenas tres minutos más tarde, las señales de las ruedas de un vehículo en la carretera. Se veían claramente marcadas, y llegaban hasta unos cien metros aproximadamente de donde habían dejado el coche. La maniobra para dar la vuelta y alejarse se veía con toda claridad. La carretera tenía una ligera capa de polvo propia del lugar, así que todo estaba como escrito, perfectamente visible y comprensible.

—Lo indudable es que un coche llegó hasta aquí —dijo Angus, tras acudir junto a Lyn al ser llamado por éste—. Ahora falta saber quién había en su interior y qué pretendía. Yo diría que nada bueno.

—Tal vez era una persona que se despistó en el cruce de caminos, no vio la indicación de camino privado, y se vino hacia el motel. En determinado momento se dio cuenta de su error, se detuvo, dio la vuelta, y regresó hacia la carretera general. Y fue entonces, al dar la vuelta, cuando tú viste los destellos del sol en los cristales. ¿Te parece factible?

—Todo menos lo del sol en los cristales. Lyn, te digo que aquello

eran señales. ¡Nada de reflejos casuales del sol en cristales de coche! Eran señales convenidas utilizando el sol y un espejo. Y naturalmente, iban destinadas a alguien que está en el motel.

—Creo que tienes razón —admitió Lyndon, sonriendo secamente—. Sí, Angus, tenemos una víbora en el motel.

—¿Cómo lo sabes tú? —se alertó Angus—. ¿De qué estás hablando?

—Cuando viniste a buscarme estaba esperando que las microfotos fuesen reveladas.

—¿Qué microfotos?

—Las que contenía el encendedor.

—¿Qué encendedor? —Casi gritó Joyce—. ¿De qué hablas? ¡Maldito seas, Lyn, suéltalo de una vez!

—Hemos encontrado un encendedor que contiene una maravillosa cámara para microfotos.

—¡Oh, no!

—Sí, ya sé que es de película, y de vieja escuela, pero hemos encontrado ese encendedor. —Lyndon ofreció un cigarrillo a Angus, y ambos emprendieron el regreso hacia el coche—. Fue Eddie quien lo encontró, en uno de los sillones del salón. Estaba como metido entre el respaldo y el asiento. Me avisó, examinamos el encendedor, y me di cuenta en seguida de que contenía una de esas microcámaras que son una auténtica virguería. Ahora están revelando las microfotos, es decir, el microfilme. Todavía no sabemos si había o hay alguna foto impresionada.

—Pero... ¿Cómo no me has avisado de eso? —clamó Joyce.

—Estabas muy ocupado con tu doctora.

—Oye, oye, un momento: no es MI doctora. Es sólo una mujer inteligente que me cae bien y a la que, a decir verdad, le metería un polvo, pero eso es todo.

—Pues bien que insististe en acompañarla a correr.

—Me pareció que alguien tenía que ser de verdad amable con ella. Oye resoplaba como una ballena mientras corríamos... ¡Pobre chica! De todos modos, yo creo que con doce kilos menos estaría tremenda.

—Pues no creo que pierda esos doce kilos durante sus pocos días de estancia en el Wild Texas Motel. ¿De verdad le meterías un polvo?

—Seguro. Tiene algo que... ¡Espera un momento! Has dicho que el encendedor lo encontró Eddie en el salón, ¿no es cierto? ¡Pues podemos saber muy fácilmente quién lo ha estado utilizando! Sólo tenemos que... ¿No?

Lyndon, que estaba moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—Ya hemos vuelto a pasar la película en video-tape de la reunión inaugural, la misma que quiso ver la doctora: nadie aparece en ella utilizando ese encendedor. ¿No era eso lo que querías decir?

—Sí. Y no tiene sentido. Si alguien lleva un encendedor de ésos tiene que ser una persona que fume, y que no trate de ocultarlo, sino que lo utilice con frecuencia y normalmente. Y si Eddie lo encontró en el respaldo de un sillón significa que esa persona lo tuvo en las manos, así que... tiene que verse en la filmación.

—Nosotros no lo hemos visto —rechazó Lyndon—. Pero no hay inconveniente en que Gran Ojo de Águila vea una vez más esa filmación a ver si consigue ver algo que nosotros no vimos.

—¿Quién es Gran Ojo de Águila? —sonrió Joyce—. ¿La doctora?

—No: tú.

—¡Vete al huevo! —Se cabreó Joyce, metiéndose en el coche.

—Mientras yo me voy al huevo —se sentó Lyndon a su lado—, tú miraras esa proyección, Angus. En serio: lo que no ven cuatro ojos lo ven seis. Si tú tampoco ves nada, tendremos que buscar algún... sistema para averiguar de quién es ese encendedor.

—Demonios, ¡tiene que ser de uno de los contactos de confianza!

—Sí —murmuró sombríamente Lyndon—, pero... ¿de cuál?

Ochenta minutos más tarde, Angus Joyce se dio por vencido: él no veía a nadie utilizando el encendedor que Lyndon le había mostrado durante la primera reunión de los contactos de confianza..., que ya no parecían de tanta confianza.

El encendedor era de diseño moderno, esbelto, alargado, de oro, así que valía una pequeña fortuna. Con él en la mano, Angus Joyce sale de la salita donde había estado, y se reunió con Lyndon en el salón. Su compañero, sentado cómodamente en uno de los sillones, fumando, le miró expectante. Angus Joyce movió negativamente la cabeza, y se sentó frente a él.

—No he visto nada —gruñó—. ¿Había fotos de la microcámara?

En silencio, Lyndon sacó un sobre de un bolsillo interior, y se lo tendió. Dentro había unas fotos en blanco y negro, procedentes de

un microfilme y convenientemente ampliadas a doce por nueve aproximadamente. Nada más ver la primer foto Joyce respingó, pues allá estaba la muy conocida cara de Lyn Aldeman, al que miró vivamente. Éste encogió los hombros, y continuó fumando plácidamente.

Joyce fue pasando las fotografías, que mostraban sucesivamente los rostros de Lyndon Aldeman, Ingemar Stoll, Revaz Petronov y René Moulinon. No había más fotos. Angus Joyce alzó lentamente la mirada hacia Lyndon, que dijo:

—Parece que no le dimos tiempo u oportunidad para tomar más que esas fotos. Pero, naturalmente, habría seguido haciéndolo si no se hubiera visto obligado a dejar el encendedor ahí. Porque pensar que se lo olvidó es absurdo, ¿verdad?

—Desde luego —gruñó Joyce—. Algo pasó que le inquietó hasta el punto de preferir dejarlo para luego regresar a por él. Tal vez se le acercó alguien... En fin, debió temer que le viesan el encendedor, de modo que decidió esconderlo... ¡Y volverá a por él!

—Tal vez.

—¡Cómo, tal vez! ¡Claro que volverá! Y seguramente esta misma noche, quizá cuando los demás se hayan retirado... Pero no. Eso sería demasiado comprometido.

—Exacto. Más bien, para recuperarlo, esperará a mañana, a la siguiente reunión aquí, en el salón. Y lo que hará será arreglárselas para ocupar el mismo sillón, cosa que no sorprenderá a nadie. Es mucho menos arriesgado que venir extemporáneamente aquí, solo.

—Me pregunto si sabe que hemos encontrado el encendedor. ¡Y me pregunto cómo pudo tomar las fotografías sin que eso aparezca ni una sola vez en la filmación!

—Angus, nosotros no hemos descubierto la Biblia ni el espionaje, ¿sabes? Tal vez nuestro amigo vio el lugar desde donde se estaba tomando la filmación, y cada vez que tomaba una fotografía se protegía detrás de otra persona o por cualquier otro medio.

—Sí, claro... Bueno, al menos ya sabemos que podemos descartar a tres como sospechosos.

—¿Realmente? —se sorprendió Lyndon.

—Hombre, claro —se sorprendió Joyce igualmente—. Bueno, cuatro sospechosos menos, pues tú también estás fotografiado. Lo

que quiero decir es que los que aparecen fotografiados, o sea la señorita Stoll, Petronov y Moulinon no han podido ser quienes utilizaran el encendedor.

—¿Por qué no? Vamos, Angus, no seas ingenuo. Cualquiera de ellos ha podido ser el fotógrafo, incluidos esos tres. ¿Acaso tú no podrías hacerte una foto con una microcámara como ésa simplemente extendiendo el brazo y colocando el objetivo hacia ti?

—Maldita sea.

—Tranquilo. Encontraremos al personaje, no te preocupes. Por cierto, habrá que ponerle un nombre... ¿Cuál sugieres?

—Cuál voy a sugerir Maldito Traidor.

—O traidora —sonrió Lyndon—. Lo dejaremos en Traidor a secas. ¿De quién dirías tú que puede ser este encendedor?

—¿Cómo demonios voy a saber eso? Claro que... por la línea parece un encendedor femenino, ¿no? ¡Bah, demasiado fácil! Y la señorita Stoll no sería tan tonta de llevar una pieza tan característica que la señalara a ella.

—Interesante elucubración —sonrió de nuevo Lyndon—. Pero yo sé de alguien que todavía puede obtener conclusiones más interesantes que tú viendo este encendedor. Apostaría cualquier cosa a que nos sorprende con toda una serie de teorías y suposiciones, y que nos hace un relato completo de características de personalidad respecto al propietario o propietaria de este encendedor. Naturalmente, estoy hablando de la doctora Devonshire...

—¡Dios mío! ¡La doctora! —Joyce se puso en pie de un salto—. ¡La dejé sentada a la sombra de unos árboles y sudando como una vaca hace más de dos horas!

—Pues una de dos —dijo tranquilamente Lyndon Aldeman—: o se ha muerto de una pulmonía o ya no está allí. Vamos a convencernos de una cosa u otra.

CAPÍTULO IV

Deborah Devonshire estaba en la bañera cuando oyó la puerta de su chalé al cerrarse, y, en seguida, las pisadas de dos personas. Inmediatamente, le llegó la voz de Lyndon Aldeman:

—¿Doctora Devonshire? ¿Está en casa?

—En el baño, señor Aldeman —alzó un poco la voz Deborah.

Removió el agua formando todavía más espuma, de modo que cuando Aldeman y Joyce entraron solamente podían ver la cabeza de Deborah, como flotando en nítida espuma.

—¡Caray! —exclamó Joyce—. Bueno, como usted ha dicho...

—No se preocupe, Angus —sonrió ella—. Si no les he pedido que esperen fuera es que pueden entrar. Ya ve usted que llevo un espectacular vestido de espuma. De todos modos, me pregunto si lo que tienen que decirme es tan urgente.

—Realmente, no —dijo Lyndon—, de modo que esperaremos a que termine de bañarse...

—Señor Aldeman: cuando termine de bañarme, es decir, cuando termine de estar confortada por el agua caliente creo que iré directa a la cama sin cenar siquiera. ¿Cómo es posible que una carrerita de nada me haya dejado tan postrada?

—A propósito de eso —comenzó a disculparse Joyce—: comprendo que no tengo excusa, pero...

—No se preocupe, Angus. Estuve esperando hasta que comprendí que lo mejor era marcharse de allí. Por cierto, no vi a nadie. Me vine aquí, estuve esperando por si usted venía a decirme o preguntarme algo, y finalmente me pareció que era absurdo seguir esperándole, así que me metí en la bañera. Y aquí estoy, la mar de bien —sonrió.

—Lo siento —farfulló Joyce.

Lyndon Aldeman acercó el taburete del cuarto de baño, una monería de plástico azul, y se sentó en él tras colocarlo junto a la bañera. Mostró de pronto el encendedor de Deborah, diciendo:

—Más que nada hemos venido a devolverle su encendedor.

—Gracias, señor Aldeman, pero no es mío.

—Ah. ¿No fuma usted?

—Sí, pero éste no es mi encendedor.

—Demonios, Lyn —protestó Joyce—. ¡Ella no!

—¿Qué es lo que está pasando? —quiso saber Deborah—. ¿Y qué pasó con aquellos destellos, Angus?

Éste no dijo nada, porque comprendió que Lyndon tomaba la iniciativa. Aldeman había sacado el sobre con las fotografías, y se las mostró a la doctora manteniéndolas ante su rostro y pasándolas lentamente. Cuando terminó de hacerlo, Deborah le miró a los ojos.

—¿Estas fotografías han sido tomadas por una microcámara contenida en este encendedor? —preguntó.

—Ajá.

—De manera que alguien está jugando sucio.

—Ajá.

—¿Y ha pensado que podía ser yo, señor Aldeman? Me permito recordarle que he sido recomendada por el presidente de los Estados Unidos y por la alta dirección de la CIA.

—De acuerdo. Demuestre usted que esas recomendaciones son merecidas, que es usted realmente una gran psicóloga capaz incluso de valorar los merecimientos y habilidades de un hombre para ocupar un alto puesto. Veamos, sabia doctora: ¿de quién es este encendedor?

—No lo sé.

—Ya, ya. Pero, según sus características, forma, modelo, tamaño y material en que está construido... ¿de quién diría usted que puede ser?

—Ya les dije que soy psicóloga, no adivina.

—Utilice la psicología, aunque sólo sea teóricamente: encaje usted este encendedor en la personalidad de uno de los contactos de confianza.

Aldeman mostraba en alto el encendedor. Deborah lo miró, miró de nuevo a Aldeman a los ojos, y movió negativamente la cabeza.

—Puede ser de cualquiera. Por su diseño parece que encajaría

más con una mujer, pero eso puede haber sido pensado así por personas que desean que creamos eso si encontramos el encendedor. En lo que a mí respecta, creo que puede ser de cualquiera de los contactos..., o de cualquier otra persona.

—¿Mío, por ejemplo? —sonrió bonachonamente Aldeman.

—De cualquier persona, señor Aldeman.

—Me gustaría saber por qué a Angus lo llama por su nombre y a mí me llama «señor Aldeman».

—Porque Angus es amable, y usted no, ni tan siquiera para permitir ese sencillo acercamiento o muestra de confianza.

—Caramba... Bien: ¿puedo pedirle que me llame Lyndon a secas? Es más, incluso me encantaría que nos tuteásemos.

—¿A qué viene todo esto? —entornó los párpados Deborah.

Lyndon Aldeman estuvo mirándola fijamente durante unos segundos. Por fin, se volvió hacia Joyce, que permanecía de pie.

—Adiós, Angus.

—¿Qué? —se desconcertó éste.

—Que te largues. Ya nos veremos.

—Hombre, Lyn...

—Hagamos un cambio: te cedo a la señorita Stoll a cambio de la doctora Devonshire. ¿Qué opinas del cambio?

—Vamos, Lyn, no tienes por qué ser tan rudo —murmuró Joyce.

—Tal vez. Pero te agradeceré que nos dejes a solas.

Joyce miró a uno y otra, encogió los hombros, y salió del cuarto de baño. Se oyó la puerta del chalé al cerrarse. Lyndon salió del cuarto de baño, regresó un minuto más tarde, y ocupó de nuevo el taburete. Deborah le miraba atenta y serenamente.

—¿Sabes una cosa, querida Debbie? —dijo Aldeman—: sin lentes, y viéndose solamente la cabeza, es decir, ocultando tu gordinflón cuerpo, casi me atrevería a jurar que eres más que bonita. Y a propósito, ¿no podrías permitirme ver desnudo tu succulento cuerpo de jamona grasienta...?

—¿Qué es lo que le pasa a usted? —murmuró Deborah—. ¿Por qué se comporta así, qué es lo que quiere?

—Te diré lo que quiero, Debbie. Verás, tú misma me dijiste que estás aquí a fin de tenerme sometido a una especie de... chequeo respecto a mis habilidades y cualidades diversas con vistas a ocupar un cargo de mayor importancia dentro de la CIA. ¿Cierto o falso?

—Cierto. Confié en que su discreción...

—Tienes mi discreción garantizada, cariño —sonrió de repente Lyndon Aldeman—. Pero, mira, cariño, yo estoy trabajando estos días en algo que para mí es muy serio y a lo que dedico toda mi inteligencia, astucia, habilidad y capacidad de trabajo. Quiero que esta reunión de contactos de confianza proporcione excelentes resultados en la línea de paz que ya comentamos esta mañana en el salón, quiero que todo sea un éxito, de modo que Lyndon Aldeman haya puesto su granito de arena en eso de las desarticulaciones bélicas en todo el mundo. ¿Me comprendes?

—Desde luego.

—Pues bien, como quiera que yo me lo tomo en serio y estoy dedicando todas mis fuerzas a este asunto, me disgustaría muchísimo que alguien viniera aquí perder el tiempo y hacérmelo perder a mí con estupideces como esta del encendedor con microcámara y las señales con espejitos sólo para ver qué hacía yo, cómo me desenvolvía en una situación de alerta, cómo encarrilaba las investigaciones, qué iniciativas tomaba...

—¿Está usted pensando que yo he sido quien ha tomado las fotos con el encendedor y que tengo algo que ver con las señales del espejo?

—Se me ha ocurrido que podrías estar... sometiéndome a diversos tests.

—No. No es así, señor Aldeman.

—De acuerdo. Entonces, definitivamente voy a tomarme en serio todo esto de las fotos, el encendedor y las señales luminosas. ¿Tú las viste?

—Sí. Primero las vio Angus, y luego las vi yo. El se fue, y casi en seguida dejaron de verse las señales. Comprendí que tenían que ir dirigidas al alguien del motel, pero no vi a nadie a quien adjudicárselas... ¿Qué está ocurriendo, señor Aldeman?

—Te lo explicaré todo de cabo a rabo, y hasta te tomaré como consultora si descienes de tu cielo olímpico y accedes a llamarme Lyndon. ¿Qué te parece?

—Okay, Lyndon —sonrió la doctora.

—Bien —sonrió también el espía—. Bien, muy bien, gordísima Debbie. Aunque Angus tiene razón: eres bonita. Me gustaría ver tu desnudo, tu rollizo y macizo cuerpo. ¿Soplo la espuma?

—Has dicho que te tomas todo esto en serio, ¿no es así?

—Tienes razón. Si, señor, chica gordita, tienes razón, la tienes. Así que te explicaré cómo están las cosas...

Cuando Lyndon Aldeman terminó de hablar la doctora Devonshire había añadido agua caliente y gel a la bañera, de modo que todavía estaba más cubierta de espuma y más confortado su cuerpo por el agua caliente. Aldeman encendió dos cigarrillos, le ofreció uno, y Deborah lo tomó cuidadosamente por el filtro.

—¿Qué tengo que decirte ahora? —murmuró.

—Tu opinión sobre lo que te he contado y mis deducciones.

—Creo que no se ha tratado de un automovilista despistado, sino de alguien que se acercó lo suficiente al motel para hacer señales. Lo cual, admitiendo que es una imprudencia, nos tiene que hacer comprender que era una emergencia, que era imprescindible que Traidor supiese algo que quería decirle alguien del exterior.

—De acuerdo. ¿Y las fotos?

—Eso ya no lo entiendo. Lo de las señales, sí, porque siempre puede surgir una emergencia que deba ser comunicada al agente en servicio directo, y naturalmente éste no puede introducirse en una situación delicada llevando radios o cosas parecidas, cualquier instrumento físico. En cambio, sí puede atender o enviar señales con un espejo. Hasta aquí, bien, pero lo del encendedor me parece una estupidez. Creo que deberíamos reflexionar sobre ello.

—Espléndida idea —asintió Lyndon—. ¿Quieres que venga a pasar la noche contigo para que reflexionemos juntos?

—Si vienes a mi cama esta noche me parece que no podría reflexionar en nada.

—Pero... ¿te gustaría hacer el amor conmigo?

Deborah Devonshire no contestó. Tragó lentamente saliva, siempre fija su mirada en los ojos de Lyndon Aldeman. Éste sonrió.

—Me parece que sí que te gusto —susurró—. Te gusté desde el primer momento, ¿no es así, doctora?

Ella persistió en su silencio. Lyndon Aldeman se quitó la chaqueta y la camisa, metió un brazo en el agua, y destapó la bañera, de modo que el agua comenzó a marchar. Cuando ya la bañera estaba casi vacía, Lyn descolgó la ducha-teléfono, abrió el grifo, y dirigió la lluvia de agua tibia hacia el cuerpo de Deborah, todavía cubierto en muy buena parte de espuma. La dejó limpia de

ésta en pocos segundos. Deborah seguía sin moverse. Aldeman colgó la ducha, y le tendió una mano.

—Ven —murmuró—. En la bañera puede que sea divertido, pero nada cómodo.

—¿Y la señorita Stoll? —alentó apenas Deborah.

—Olvídala. Hace tiempo que tengo ganas de tirarme una gorda como tú.

Deborah se tomó de la mano de Lyndon y se puso en pie en la bañera. Sus pechos oscilaron sólidamente en su formidable tamaño, macizos, durísimos. Aldeman la ayudó a secarse con la gran toalla blanquísima, y luego besó los grandes, oscuros, increíblemente sugestivos y muy femeninos pezones de Debbie, que se estremeció fuertemente. Las manos de Lyndon abarcaron la gruesa cintura, las amplias caderas duras como piedra; el vello sexual de la doctora, casi rubio, era abundantísimo.

—No sé por qué —dijo con voz queda Lyndon Aldeman— tengo la impresión de que bien tratada has de ser una hembra absolutamente fuera de serie.

Minutos más tarde se convencía de ello, abrazado a Deborah en la cama. Nada más penetrarla, ella se abrazó fuertemente a él y comenzó a jadear y suspirarle junto al oído con una ternura y una pasión que puso de punto todos los pelos y todo el vello de Lyndon Aldeman.

* * *

La reunión del día siguiente comenzó a las diez en punto, bajo la dirección de Lyndon Aldeman.

El procedimiento era el siguiente: Ingemar Stoll inició sus informes de modo parcial, y los demás iban tomando nota de ellos. Cada vez que lo que decía la señorita Stoll podía encajar con las informaciones o parte de éstas que pensaban aportar los demás, el contacto en cuestión lo avisaba, y todos ponían una señal determinada en las anotaciones que iban haciendo. De este modo, se comenzó a gestar un largo informe completo que iba tomando cuerpo, y que hacia las doce del mediodía contenía una serie de datos de alto nivel de varios países que le habrían hecho agua la boca a cualquier espía asimismo de alto nivel.

Por ejemplo: la señorita Stoll decía que se había enterado de que el sujeto x, de Alemania Oriental, había recibido ofertas del servicio secreto británico para que trabajase con ellos; inmediatamente, el británico Herbert Dolby tomaba nota de ello para, a su debido tiempo, interesarse por el sujeto x en Londres, y averiguar qué esperaba obtener de él el Intelligence Service de Su Majestad; al tiempo, Revaz Petronov intervenía diciendo que en Rusia se sabía que el sujeto x tenía varios amigos soviéticos que tiempo atrás habían formado parte del cuerpo diplomático ruso en Londres, y que tal vez lo que pretendían los agentes británicos era que el sujeto x les relacionase precisamente con sus amigos soviéticos. ¿Qué pretendía el servicio secreto británico con esto, habida cuenta de que, en la actualidad, el sujeto x tenía negociaciones clandestinas de armamento con el sujeto K de Checoslovaquia? El sujeto K de Checoslovaquia, decía entonces el israelita Gisinger, estaba fichado y vigilado por el Mossad precisamente porque en los últimos tiempos estaba haciendo envíos clandestinos de armas a África, al parecer, y de modo sorprendente, al Chad. El conjunto de esta información causaba el pasmo general, y entonces intervenía el francés René Moulinon diciendo que él tenía buenos amigos en el SDECE francés, naturalmente, y que podía enterarse de *quién* recibía esas armas en el Chad y bajo qué dirección tomaba parte en los enfrentamientos armados. Finalmente, el chino Chang Tsi King intervenía para decir que si era necesario él tenía amigos de confianza en África Oriental que podían tomar resoluciones respecto al sujeto que recibía y utilizaba las armas en el Chad; una de las resoluciones, la más aceptable y pro puesta, era instarle a que abandonase su postura belicista; la otra, sencillamente, consistía en eliminarlo, a fin de retirar de la circulación uno de los elementos de discordia en África.

Era sencillamente apasionante, como diría más tarde Angus Joyce, el cual, sentado en un extremo del salón escuchaba y miraba a todos lados... sin conseguir captar actitud sospechosa alguna en ninguno de los contactos de confianza reunidos en esta ocasión por la CIA.

La persona que se había sentado en el sillón donde había sido hallado el encendedor era el alemán Karl Schiller, y, aunque Joyce no le perdió de vista en ningún momento por si echaba una mano

hacia atrás en busca del encendedor, no observó ningún gesto en este sentido por parte del alemán.

Terminada la jornada a las doce en punto de la mañana los contactos estaban tan excitados que permanecieron todavía unos minutos en el salón a las doce y cinco, cuando Aldeman, tras haber algunas anotaciones en su libreta personal, se acercó al grupo de contactos que todavía conversaban animadamente.

—Interesante jomada, ¿no es cierto? —sonrió Aldeman—. Tengo la esperanza de que obtendremos conclusiones muy productivas. Aunque, señor King, su propuesta referente al trigo americano no me parece factible..., por ahora.

—Debería ser factible —dijo suavemente el chino—. Le insisto en que el hecho de que Estados Unidos siga vendiendo trigo a Rusia a pesar de todos los enfrentamientos mantiene un alto grado de perplejidad en un sector muy importante del pueblo chino.

—Sí, sí, lo comprendo, y naturalmente pasaré la información a mis jefes para que la cursen hacia la Casa Blanca. Sin embargo, lo que yo quería decir es que... ¿Ocurre algo, doctora Devonshire?

—Nada importante. Sólo quería hacerle una pregunta al señor Joyce.

—Ah, bien. Como le decía, señor King...

Deborah desvió la mirada hacia Joyce, que le miraba como abstraído, y fue a sentarse junto a él. Angus tardó algunos segundos en mirarla, y con un gesto le dio a entender que esperase. Los dos permanecieron en silencio hasta que Aldeman y el grupo de contactos, siempre conversando animadamente, abandonaron el salón.

—No he visto nada —movió la cabeza Angus entonces, mirando expectante a Debbie—. ¿Y usted?

—El señor Loriman, Eddie y yo hemos estado viendo la proyección directa de la reunión, y no hemos observado nada sospechoso ni en el señor Schiller ni en nadie. Personalmente, y en cuanto se refiere a mi labor de psicóloga, no he observado ninguna actitud que me llame de modo especial la atención por parte de nadie. Y en mi informe respecto a la jomada de hoy tendré que explicar que considero a los contactos sinceramente interesados en que estas reuniones y sus objetivos alcancen altas cotas de éxito.

—Entiendo —gruñó Angus—. Sin embargo, alguien dejó el

encendedor en ese sillón.

—Sí, claro. Pero, Angus, espero que entienda que yo no puedo *adivinar* quién lo hizo.

—Por supuesto. Bien, creo que nadie intentará ya nada para recuperar el encendedor. A fin de cuentas tiene ya los nombres de todos los contactos, y simplemente puede informar de ellos, así como de la información que cada uno está aportando. Maldita sea, doctora, si no atrapamos a Traidor se irá de aquí con una información global internacional que puede ser usada de muchos modos... y ninguno de ellos pacífico, como es nuestra intención.

—Ya he entendido eso —asintió Deborah—, y lamento no poder ser de mayor utilidad.

—Nadie la está culpando de nada —se sorprendió Angus; de pronto se quedó mirándola expectante—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Ayer por la tarde Lyndon estuvo en su chalé tanto rato que llegó al comedor cuando todos habíamos terminado de cenar. ¿Estuvieron todo el tiempo conversando sobre el asunto?

—Más o menos —sonrió Deborah—. ¿Qué es lo que quiere usted saber, Angus?

—Se me ha ocurrido que a Lyn se le ha despertado un cierto interés por usted, y puestas así las cosas me gustaría que me dijera si la espero esta tarde para correr otro ratito o tiene usted... otras cosas que hacer.

—He decidido seguir haciendo esta clase de ejercicio hasta perder doce o quince kilos —casi rió Deborah—. ¿Cree que eso es factible?

—Desde luego. Con constancia y voluntad, sí.

—En ese caso nos veremos a la misma hora de ayer. Porque en eso de la constancia y la voluntad, Angus, soy de hierro. Bien, quedamos, pues, en que desde su ángulo visual usted no ha visto nada sospechoso.

—Nada absolutamente.

—A ver si mañana tenemos más suerte. Nos veremos a la hora del almuerzo, ahora tengo que terminar unas anotaciones.

Cuando salió del salón Deborah miró a Lyndon, que seguía conversando en el vestíbulo con Ingemar Stoll, Dolby y Gisinger.

Lyndon la miró a ella, apretó los labios en una sonrisa apenas perceptible, y acto seguido pareció ignorarla totalmente.

Segundos más tarde Deborah Devonshire entraba en la salita donde Hank Loriman había recogido la cinta de videotape y la esperaba para pasarla a cámara lenta y parándola cada vez que la doctora se lo indicase. El proceso sería tan lento que debería ser interrumpido poco después para el almuerzo, y reanudado por la tarde.

—Lo que significa —suspiró Deborah— que me quedaré sin siesta.

—Si yo fuese usted elegiría la siesta —sonrió Loriman—. A fin de cuentas, esta película ya la ha visto.

—Es cierto —sonrió ella—, pero siempre captaré más cosas viéndola por segunda vez. Y hasta posiblemente una tercera.

—Bueno —movió la cabeza Loriman—, indudablemente todos estamos dispuestos a hacer del mejor modo posible nuestro trabajo. Y esto incluye a Traidor, naturalmente. No creo que lleguemos a saber quién es.

—Oh, sí —dijo suave y tranquilamente la doctora Devonshire—, ¡ya lo creo que sí lo sabremos, Hank!

CAPÍTULO VI

La sorpresa la dieron aquella tarde Ingemar Stoll y René Moulinon, que se habían citado para correr juntos por el campo de golf. Aparecieron cuando Deborah y Angus llevaban apenas cinco minutos corriendo y la doctora comenzaba ya a bufar, sudando copiosamente.

—¿Qué le parece? —Movi6 Angus la cabeza hacia Moulinon y la Stoll—. ¡Esto no me lo esperaba yo!

—¿Por qué no?

—Bueno, me pareció que Lyndon y la señorita Stoll... Pero evidentemente no es así. Y me alegro. La verdad es que sería una insensatez complicarse la vida mientras se atiende un trabajo de la importancia del nuestro.

—¿A qué llama usted... complicarse la vida? —bufó Deborah, que corría cada vez más lenta y pesadamente.

—A establecer relaciones personales, sobre todo si son íntimas.

—¿Íntimas quiere decir sexuales?

—Sí, claro —masculló Angus.

—Pues me parece que la señorita Stoll y el señor Moulinon no piensan como usted. Eso, dejando aparte el comentario que hizo usted mismo ayer respecto a mis... atractivos sexuales. ¿No fue sincero ayer, Angus?

—Claro que sí. ¡Demonios, me gustaría saber dónde está Lyndon, ya que no está con la Stoll! Vamos a esperar un poco a esa pareja, si no le importa.

—Al contrario —jadeó Deborah—. ¡Encantada!

Redujeron todavía más la marcha, de modo que Ingemar y René los alcanzaron pronto en su recorrido circular por el campo de golf. Angus les saludó simpáticamente, y preguntó:

—¿Dónde está Lyndon, señorita Stoll?

—No tengo la menor idea —aseguró la alemana.

—Pues yo si —dijo el guapo y elegante Moulinon—. Es decir, tengo una vaga idea, pues no adivino qué pretende con ello.

—¿Qué pretende... con qué? —preguntó Angus.

—Le vi salir de la conserjería equipado como un comando, y armado con un rifle con mira telescópica, además de una pistola al cinto.

—¿Quién? —exclamó Angus, deteniéndose de golpe—. ¿Lyndon?

—¿No estamos hablando de él, del señor Aldeman? —Alzó una ceja con impecable gesto el francés.

—Pero... ¿adónde fue?

—Ah, de eso yo tampoco tengo ni idea.

Joyce se había detenido, y lo mismo Deborah a su lado, mientras Ingemar y René seguían corriendo, alejándose. La expresión de Angus Joyce no podía ser más preocupada.

—Me gustaría saber qué demonios está haciendo Lyndon —gruñó Angus—. ¡Y me gustaría saber por qué no ha pedido mi ayuda!

—Quizá Hank Loriman sepa algo al respecto —sugirió Deborah; añadiendo rápidamente—: Aunque a mí se me está ocurriendo algo.

—¿El qué?

—Bueno, si salió en plan comando no parece que podamos tener muchas dudas: se diría que salió de cacería, ¿no cree? Seguramente está escondido en cualquier sitio desde el que pueda ver y controlar la carretera si alguien vuelve a hacer señales desde ella.

—¡Qué tontería! —bufó Joyce—. ¡Fuese quien fuese esa persona no volverá por estos lugares en toda su vida! No creo de ninguna manera que Lyn haya pensado una cosa semejante.

—Ha sido una sugerencia. —Deborah suspiró fuertemente—. Mire, Angus, tengo sinceras intenciones de rebajar esos kilos, pero por esta tarde mi jomada deportiva ha terminado. Si no le imp...

El estampido, apagado, lejano, como envuelto en algodones, llegó nítidamente hasta ellos. Angus Joyce respingó, y acto seguido se quedó mirando a Deborah con expresión desorbitada. La doctora, que también tenía muy abiertos los ojos, exclamó:

—¡Eso ha sido un disparo, ¿verdad?!

Angus Joyce echó a correr cruzando el campo de golf hacia la conserjería, pasando relativamente cerca de Ingemar y René, que se habían detenido. En una de las pistas de tenis, raqueta en mano, el británico Dolby y el israelita Gisinger también se habían quedado inmóviles.

—¡Angus! —gritó la Stoll—. ¿Qué ocurre?

Joyce no le hizo caso, siempre corriendo hacia la conserjería. Se oyeron dos disparos más, aunque más amortiguados. En seguida, otros dos disparos tan potentes como el primero. Eran como extraños sonidos que no encajaban en la quietud de la soleada tarde. El ambiente era tan limpio y aislado que los sonidos se expandían con gran facilidad.

Y con esta facilidad se expandió el estruendo mucho más fuerte que los anteriores. Hacia el Sur, es decir, en dirección a la carretera que era una autopista privada del motel, apareció de pronto una gran nube negra, destacándose en el puro azul del cielo.

—¡Hank! —Llegó gritando a todo pulmón Angus a la conserjería—. ¡Hank! ¿Adónde ha ido Lyndon?

Hank Loriman salía del edificio en aquel momento, seguido de dos hombres armados de rifle. De entre pinos y arbustos varios hombres más habían hecho una repentina y sorprendente aparición, todos armados, todos mirando hacia la nube de negro humo que se iba alargando hacia el cielo. Hank Loriman, que portaba una diminuta radio en una mano, estaba gritando algo por ella. Al ver a Joyce se detuvo en seco, y señaló uno de los coches estacionados.

—¡Angus, al mismo sitio de ayer! ¡Lyndon está allí! ¡Acompañadlo!

Los dos hombres armados corrían ya hacia el coche señalado por Hank Loriman, que sacó una pistola y la tiró hacia Joyce. Éste la agarró al vuelo, corrió hacia el coche, y se metió dentro cuando ya uno de los compañeros que le habían procedido arrancaba, e inmediatamente apretaba a fondo el pedal del gas.

El coche pareció a punto de despegar. No lo hizo, pero antes de que hubieran transcurrido dos minutos llegaban al punto desde el cual pudieron distinguir perfectamente la forma de un coche volcado fuera de la carretera y expeliendo aquel negro humo cada vez en menor cantidad. El agente de la CIA frenó, y los tres saltaron inmediatamente del coche en direcciones diferentes y arrojándose al

suelo.

—¡Lyn! —aulló Joyce—. ¡Lyndon!

—¡Angus! —Llegó la respuesta—. ¡Por aquí! ¡Venid!

Los tres hombres, distribuidos en una pequeña zona llena de pequeños promontorios que resultaba sumamente estratégica se miraron unos a otros. La desigualdad del terreno a los lados de la carretera era mínima en general, y sólo unas suaves ondulaciones aisladas rompían la monotonía de cuando en cuando. La voz de Aldeman había llegado de detrás de una de esas ondulaciones, precisamente muy cercana al lugar donde el automóvil oscuro seguía envuelto en llamas y humo.

—Si nos llama es que no hay problema —dijo de pronto Joyce, comenzando a incorporarse.

En ese momento llegaba otro de los coches de que disponía el grupo, y otros tres hombres se apeaban rápidamente, todos armados. La última en salir del coche fue Deborah Devonshire, que se quedó mirando el coche ardiente como si no comprendiera.

Angus prescindió de ella y echó a correr hacia donde había sonado la voz de Lyndon Aldeman, que aparecía en aquel momento, en efecto con «mono» de comando y portando un rifle en la mano izquierda. Cojeaba ligeramente, y Deborah, que se dio cuenta de ello nada más mirarlo, corrió también hacia él.

—¿Estás herido? —Llegó preguntando Joyce.

—No. Me he lastimado una rodilla al saltar, pero no es nada. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó frunciendo el ceño al ver llegar a Deborah.

—Se supone que un médico puede ser útil allá donde se supone que pueden haber heridos —replicó ella—. ¿Estás bien?

—Yo sí, pero sé de alguien que no lo está tanto.

—¿Quién? ¿Qué ha pasado?

Cojeando un poco, Lyndon se dirigió hacia el coche ardiente, pero rodeándolo. En seguida, desde la nueva línea visual, Joyce y la doctora vieron al hombre tendido en el suelo a escasa distancia del coche. Deborah no preguntó nada ni hizo comentario alguno: simplemente, fue hacia el hombre, que yacía boca abajo.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Joyce.

—Bueno, supongo que ya lo has entendido. Se me ocurrió que tal vez esta tarde volvieran nuestros amigos de los espejitos, así que

me procuré estas ropas «todo terreno» y el rifle y me vine a esperarlos. Al parecer sólo se trata de un individuo. Le vi llegar, y cuando detuvo el coche me coloqué delante apuntándole con el rifle y le dije que se apeara... ¿Qué crees que hizo el muy idiota?

—Supongo que intentó escapar —gruñó Angus.

—Claro. Tuve que dispararle a las ruedas del coche. Le acerté en dos, el coche se salió de la carretera, dio un par de vueltas, y se incendió. Suene ha tenido este tipo de salir despedido: de otro modo estaría ya asado.

—Juraría que oímos disparos de pistola —alzó las cejas Angus.

—El me disparó. —Lyndon estaba realmente perplejo—. Imagínate: con una mano maniobraba el coche para escapar, y con la otra me disparaba... Me pregunto con qué clase de bestias idiotas nos las estamos viendo.

—Lo sabremos si le echamos un vistazo. ¿Puedes caminar?

—Claro. Esto no es nada.

Cuando llegaron junto al desconocido y Deborah, ésta se incorporaba.

—No tiene ninguna herida visible, pero está sin sentido —explicó—. Ha debido darse un buen golpe.

—Seguro que sí —asintió Lyndon.

Joyce se arrodilló junto al sujeto y procedió a registrarlo. Cada instante que pasaba la perplejidad aumentaba en Joyce, que finalmente dijo:

—No lleva nada encima, Lyn, salvo un pañuelo. Nada: ni dinero, ni llaves, ni documentos... Nada de nada.

Lyndon asintió de nuevo, y miró hacia sus compañeros que con el extintor de uno de los coches estaban terminando de apagar el fuego en el coche del desconocido, que apenas humeaba ya.

—Quizá encontremos algo en el coche —aventuró—. Mientras tanto lo mejor será ocuparnos del sujeto.

—Yo me encargo de él —dijo Deborah—. Lo mejor sería instalarlo en uno de los chalés vacíos.

—Malcolm y Bill te ayudarán. Llévadlo al doce. Luego pasaré por allí.

Un minuto más tarde Deborah y los dos agentes de la CIA citados emprendían el regreso al motel llevándose al desconocido, que continuaba inconsciente.

—Menos mal que este lugar está solitario —dijo Angus—. De otro modo ya habríamos llamado la atención con el incendio del coche, y esto estaría lleno de gente.

—Seguramente vendrá alguien, aunque sólo sean agentes de la Patrulla de Caminos, o alguien del servicio forestal. Para entonces tenemos que habernos marchado todos de aquí. Dejaremos a Leyland para que dé las explicaciones mínimas. Bueno, vamos a ver si podemos sacar algo en claro del coche.

Tardaron cinco minutos en convencerse de que no sacarían nada interesante del carbonizado vehículo, cuya matrícula anotó un agente a fin de interesarse por ella.

—Ni siquiera hemos encontrado el espejo —refunfuñó Lyndon—. Pero tenemos al hombre, que importa más que cualquier otra cosa. Apuesto a que es el mismo de ayer..., sólo que esta tarde no venía a enviar mensajes con el espejo.

—Tal vez venía a recoger la respuesta —sugirió Eddie.

—Tal vez —admitió Lyndon—. Pero no hace falta que hagamos cábalas: ese hombre nos dirá muy pronto todo lo que queramos saber. Leyland, tú quédate aquí, solo y a pie, y ya sabes lo que tienes que decir si viene alguien a meter las narices. A la hora de la cena enviaré a uno de los muchachos a recogerte.

—Okay, Lyn.

—Los demás larguémonos. Despejemos el campo.

* * *

—¿Cómo está? —preguntó Lyndon.

—Igual —explicó Deborah—. Parece simplemente dormido, pero me temo que esté en coma.

El herido había sido instalado en el chalé doce. Yacía sobre la cama, boca arriba, inerte e inmóvil. Su respiración era lenta y pausada. Bill y Malcolm habían ayudado a Deborah a desnudarlo completamente, y sus ropas estaban sobre una de las butaquitas del dormitorio. Era un sujeto bien parecido, de buena estatura, muy bien musculado; no tendría más de treinta años.

—Hemos examinado a fondo sus ropas, Lyn, y no tenía nada —explicó Malcolm—. Para encontrar algo, si es que lo hay, habría que destrozarlas. ¿Lo hacemos?

—No puede llevar nada que valga la pena —encogió los hombros Lyn Aldeman—. Además, lo tenemos a él. Esperaremos a que despierte. ¿Cuándo crees que puede suceder eso, doctora?

—No lo sé. Si está en coma quizá no despierte nunca. O lo mismo le da por recobrarse dentro de un minuto. Por lo demás está bien: sólo tiene esa contusión en un lado de la cabeza, que es donde debió golpearse contra el suelo al salir despedido del coche. No tiene nada roto. Ha tenido suerte.

—No sé si él pensara lo mismo cuando yo lo coja por mi cuenta —dijo fríamente Aldeman—. Bien, alguien tendrá que quedarse con él cuidándolo, y yo diría que tú eres la más indicada. ¿Tienes inconveniente?

—Claro que no —aseguró Deborah.

—Pero debería quedarse alguien más —dijo Bill—. Si este tipo despierta y se encuentra solo con la doctora para retenerle puede darle un disgusto.

—O yo a él —sonrió Deborah—. Ya sé que corriendo no soy precisamente una campeona, pero puedo partir un par de ladrillos con un solo golpe de karate.

—¡Atiza! —sonrió Bill—. De acuerdo, pero insisto en que tendríamos que poner aquí alguien de vigilancia.

—Pues mira, ya que insistes tanto, quédate tú mismo —dijo Joyce—. En cuanto a ti, Lyn, ¿qué tal si le enseñas tu rodilla a la doctora?

—Tonterías —gruñó Aldeman—. Vamos a la sala de radio a pasar el número de matrícula de ese coche y a pedir datos sobre él. Y habrá que avisar a la Central de lo sucedido.

—Y darles alguna explicación a los contactos —farfulló Joyce—. ¡Maldita sea, con lo bien que iba todo! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ya veremos. Vamos a la sala de controles.

En el chalé quedaron solamente Deborah y Bill. Los demás se dirigieron hacia la conserjería, en cuyo pórtico estaban los contactos de confianza, esperando. El veterano Petronov se erigió en portavoz del grupo.

—¿Podemos saber lo que ocurre, señor Aldeman? —inquirió.

—Pequeños problemas que serán resueltos satisfactoriamente, señor Petronov. No se preocupen.

—No nos preocupa lo que pueda sucedemos *aquí* —dijo

Moulinon—, pero si somos identificados de algún modo podrían sucedernos muchas cosas en otros sitios, señor Aldeman. Dudo mucho que nuestros gobiernos y nuestros amigos de los que hemos obtenido la información que estamos utilizando para el Plan Half Peace comprendieran nuestros motivos para facilitarle toda esa información a la CIA.

—La CIA simplemente coordina esas informaciones para buscar arreglos amistosos, señora Moulinon.

—Nosotros sabemos eso, pero dígaselo usted al jefe de Mossad, por ejemplo. Dígale que Gisinger le esté facilitando información a la CIA para bien de todos y perjuicio de nadie. ¿Le parece que le creerían?

—No —gruñó Aldeman.

—Nos llamarían traidores —intervino suavemente, Ingemar—. De modo que debemos cuidar mucho nuestro anonimato. Digamos que la CIA debe cuidarnos muy bien, Lyndon.

—Lo estamos haciendo —aseguró Lyn—. Miren, todo lo que ha ocurrido es que he atrapado a un sujeto que se acercaba al motel. Tal vez él pretendía obtener alguna información, pero lo cierto es que no la ha conseguido..., ni está en condiciones de conseguirla.

—De todos modos —dijo Karl Schiller— se diría que alguien está interesado por lo que hay en este lugar. Y no creo que sea la CIA, ¿verdad?

—No gruñó de nuevo Lyn Aldeman. —La CIA soy yo ahora.

—Nosotros, señor Aldeman —intervino suavemente Chang Tsi King—, hemos estado comentando la posibilidad de que alguien sepa algo de lo que se está realizando aquí y quiera obtener datos concretos y nombres concretos. Eso no nos gustaría a ninguno de nosotros.

—¿Por qué no se tranquilizan un poco? —intervino Angus—. Tenemos varias cosas que hacer, y pueden estar seguros de que obtengamos el resultado que obtengamos lo último que hagamos sería colocarlos a ustedes en una situación peligrosa ni aquí ni lejos de aquí. ¿Qué les parece si nos dejan de tiempo hasta mañana por la mañana para que recabemos datos y tomemos decisiones?

Hubo un intercambio de miradas entre los contactos, y Petronov las interpretó y dio la respuesta por todos:

—De acuerdo, señor Joyce: mañana seremos informados de todo

y se tomarán las medidas más beneficiosas para el grupo. Contamos con ello.

—Desde luego. Gracias a todos.

Lyndon y Angus entraron en el edificio, comentando el primero:

—Están asustados, y no les culpo por ello. Realmente, sería demasiado pedirle a un servicio secreto que comprendiera la buena fe de esa gente al facilitarnos información conseguida en altos niveles.

—Se mearían de risa si les dijéramos que era para desarticular contiendas bélicas —refunfuñó Joyce—. Bueno, como sea ya verás como esa gente querrá marcharse por la mañana, Lyn. Y eso que no saben lo del encendedor con las microfotos que les estaban tomando.

—Uno sí lo sabe —dijo secamente Aldeman—. Y me pregunto cómo demonios vamos a dejarlos marchar a los siete sabiendo que uno de ellos delatará a los otros seis, o tal vez los someterá más adelante a chantaje o cualquier tipo de presión utilizando intermediarios, naturalmente.

—No entiendo cómo se ha estropeado todo tanto. ¡Con lo bien que lo habíamos preparado...!

CAPÍTULO VII

Hacia las tres y media de la madrugada Angus Joyce efectuó otra visita al chalé donde había sido instalado el desconocido capturado por Lyn Aldeman. Entró silenciosamente, como había hecho las dos veces anteriores, y se fue directo al dormitorio donde estaba el sujeto.

En este dormitorio todo seguía igual, excepto en lo referente a Deborah Devonshire, a la que las dos veces anteriores había encontrado despierta y ahora la halló dormida, recostada en el sillón. El sujeto en coma seguía igual, parecía de plástico.

Joyce retrocedió lenta y cuidadosamente, y se asomó al dormitorio contiguo. Había encendida la lamparita de una de las mesitas de noche. En la cama, despatarrado y durmiendo a pierna suelta, estaba de turno uno de los agentes de la CIA que, a la menor señal de alarma provocada por la doctora Devonshire, saldría disparado para apoyar a ésta y controlar el desconocido. Sobre una butaquita el agente de la CIA había colocado su chaqueta y la funda axilar con la pistola bien a mano.

Visto todo esto rápidamente, Joyce retrocedió, y regresó siempre silenciosamente al otro dormitorio. Entró, se acercó a Deborah, y chascó dos dedos junto a una oreja de la doctora, que no reaccionó. Respiraba profundamente, era una mujer sana, fuerte. Y ciertamente cuando cogía el sueño parecía que dormía de verdad.

La mirada de Joyce se desplazó lentamente hacia el hombre en coma. Se acercó a él sigilosamente, se inclinó, y escuchó su lenta respiración. Luego le alzó un párpado y a continuación el otro. Las pupilas reaccionaron normalmente a la luz de la lamparita de la mesita de noche. Es decir, que estaba vivo, bien vivo, y con posibilidades de continuar así, y por tanto de recuperarse en

cualquier momento.

Angus Joyce apretó los labios con gesto resuelto, duro, y metió la mano izquierda en el bolsillo interior derecho de su chaqueta, de donde sacó un pequeño envoltorio hecho con un trozo de plástico. Deslió éste, dejando al descubierto uno de los cuchillos de la cubertería utilizada en las comidas del grupo de contactos de confianza. Con el plástico se envolvió la mano, empuñó fuertemente el cuchillo, y se inclinó de nuevo sobre el desconocido, acercando la punta del cubierto-arma a la garganta...

—Suficiente, Angus —sonó suavemente la voz de Deborah Devonshire—. No se mueva ni un milímetro más.

Angus Joyce pareció sufrir un fortísimo calambre que primero lo estremeció y en seguida lo dejó inmóvil; pero sólo por dos o tres segundos, que fue lo que tardó en volver lentamente la cabeza para mirar hacia Deborah. Ésta, bien sentada ahora en el sillón, ni mucho menos parecía adormilada, y empuñaba con firmeza de acero una pequeña pistola que apuntaba a la cabeza de Angus. Éste parpadeó, se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo.

—Apártese de ahí —ordenó la doctora—, dejando el cuchillo sobre la cama No me obligue a disparar, Angus.

Joyce volvió a pasarse la lengua por los labios. De pronto sonrió.

—No se atrevería a disparar contra mí —dijo.

—No sea cretino.

Angus Joyce comenzó a moverse, al parecer para girar del todo e incorporarse. De repente, dio a su cuerpo mayor velocidad, giró a toda prisa alzando el brazo que sostenía el cuchillo...

Plof, chascó suavemente la pistola que empuñaba Deborah Devonshire. La bala acertó a Joyce en la muñeca, por la parte interna y muy cerca de la articulación con la mano. El agente de la CIA gritó, la hoja del cuchillo lanzó destellos al girar en el aire hacia el techo, y un manchurrón de sangre salpicó a todos lados procedente de la muñeca de Joyce, que súbitamente lívido la apretó contra el pecho, mirando con sobresalto y furia a Deborah.

En la puerta del dormitorio apareció, pistola en mano, el agente de la CIA que poco antes dormía.

—¿Qué pasa? —gritó, muy alterado.

—Tranquilícese —dijo Deborah—. Y apague y encienda la luz dos veces. Y no se acerque a Joyce: es un traidor.

Los ojos del agente parecían a punto de saltar de las órbitas. Hizo lo que le había pedido la doctora, y se quedó mirando fascinado a Joyce, que ahora permanecía inmóvil y sombrío. Lyndon Aldeman entró a toda prisa en el chalé y en seguida en el dormitorio, y al ver a Joyce palideció intensamente.

—Maldito seas, Angus... ¡Tenías que ser tú!

—Pe-pero... ¿qué pasa? —tartamudeó el otro agente de la CIA.

Lyndon ni siquiera le miró. Se acercó a Joyce, le quitó la pistola de la funda axilar, y la tiró sobre la cama. Acto seguido, lanzando un rugido de rabia, golpeó ferozmente a Joyce en el estómago, gritando:

—¡Tenías que ser tú! ¡Estoy rodeado de gente que podía traicionarme, pero tenías que ser tú, tú, tú!

A cada «tú» golpeaba de nuevo a Joyce en el estómago, acorralándolo contra la pared. Joyce gemía apenas, se encogía, y mantenía la cabeza baja. Era imposible decidir cuál de los dos hombres estaba más pálido. Lyndon estaba fuera de sí, destrozado por la decepción y la rabia, y quizá habría matado a golpes a su amigo si la doctora Devonshire no hubiera intervenido interponiéndose y empujándolo.

—Ya basta, o lo vas a matar. ¡Ya basta, Lyndon!

—Maldito sea —jadeó Aldeman—. ¡Ni de mi hermano me habría sabido tan mal recibir esta puñalada traidora! ¡Ojalá te mueras, Angus, ojalá revientes y te pudras, maldito hijo de puta!

Encogido y apoyado contra la pared, demudado, sangrante, Angus Joyce le miró brevemente; una mirada de angustia, de animal herido. El agente de la CIA que asistía a la escena desde la puerta también estaba lívido.

—Vamos a llevarlo a mi consultorio —dijo Deborah—: Hay que curarle esa herida. Usted no se mueva de aquí, Bennet.

Éste miró a Lyndon, que soltó un gruñido y asintió. Luego, miró rencorosamente a Joyce y señaló la puerta.

—Camina, hijo de puta —tembló su voz—. ¡Camina o te saco de aquí a patadas en los cojones!

Joyce se dirigió hacia la puerta.

Un par de minutos más tarde los tres entraban en el chalé donde se había instalado el consultorio de la doctora. Afuera quedaron los dos vigilantes nocturnos que esperaban fuera del chalé doce cuando

Joyce, Aldeman y Deborah salieron de éste. La doctora Devonshire colocó una silla junto a Joyce, y éste se sentó. Ella buscó lo necesario para atender la herida, mientras explicaba:

—Como usted sabe, no soy médico adecuada para atender esto, pero le haré una buena cura provisional, y en cuanto sea de día será trasladado a un lugar conveniente. Mientras tanto, Angus, creo que sería buena idea que usted y Lyndon charlasen sin mentiras y sin perder la calma.

—No tengo nada que decir —murmuró Joyce.

—Vamos, no sea estúpido —se sorprendió Deborah—. Usted ha sacado de sus casillas a Lyndon, y él le va a hacer pedazos si no lo calma al menos explicándole parte del asunto.

Joyce soltó un gruñido, y acto seguido barbotó:

—Ustedes me han tendido una trampa asquerosa.

—No estaba destinada específicamente a usted —aseguró Deborah, comenzando a limpiarle la herida—. Ni mucho menos sospechábamos de usted, pero sabíamos que había un traidor en el grupo. Un traidor que fue quien colocó el encendedor después de tomar aquellas pocas microfotos. Un traidor que sabía que las señales con el espejo no iban destinadas más que a él. Lyndon y yo teníamos la certeza de que el traidor no era ninguno de los contactos..., pero no sospechamos de usted en ningún momento. Por eso está Lyndon tan enfadado... ¿Puede soportarlo? ¿Se va a desmayar?

—No me voy a desmayar —dijo Joyce, apretando los dientes.

—De acuerdo. —Deborah prosiguió la cura—. Mire, Angus, la situación está muy clara, y usted tiene que comprender que si Lyndon está dispuesto a conseguir la verdad la conseguirá por mucho que usted inicialmente se resista a decírla. Yo le sugiero que se ahorre malos ratos y se muestre comunicativo desde el primer momento.

—Usted no se meta en esto —gruñó Joyce—. Es sólo una psicóloga, ¿no es así?

—Pues escuche el consejo de una psicóloga: sea sensato. Lyndon ha comprendido la jugada de usted y su amigo del espejo, que consiste precisamente en asustar a los contactos de confianza a fin de que la reunión se disuelva y se corra la voz de que no hay seguridad para los contactos de confianza que en el futuro tuvieran

intención de colaborar con la CIA. Es por eso que su amigo de ayer estuvo haciendo tonterías con el espejo; y digo tonterías porque aquellas señales no significaban nada, se trataba solamente de que las viéramos y nos inquietáramos. Y lo mismo con las microfotos: fue usted quien las tomó y quien dejó el encendedor en el sillón, en un momento oportuno, claro, pues sabía perfectamente que la reunión se estaba filmando. Querían que la CIA pensara que había un traidor entre los contactos de confianza, y que también éstos lo pensaran, que no se sintieran seguros ahora ni en el futuro... ¿No es eso, Angus?

Éste, que la miraba con curiosidad, movió la cabeza.

—No comprendo por qué ha tenido que volver ese idiota a hacer señales —gruñó.

—El «idiota» de esta tarde no es el de ayer —casi sonrió Deborah Devonshire—, sino un agente de la CIA representando ese papel.

—¿Qué? —jadeó Joyce.

—Que te hemos engañado —dijo secamente Lyndon—. Nos preguntamos qué haría el traidor si creía que su amigo del espejito volvía y lo capturábamos, así que pedí que me enviasen un muchacho a representar ese papel. Acudí a su encuentro esta tarde, y montamos todo el escenario del coche volcado, y le prendimos fuego. Luego, le inyecté un somnífero para que pareciese que estaba bajo los efectos prolongados de un *shock*, y nos dedicamos a esperar. Alguien tendría que hacer algo, y se nos ocurrió que intentaría matar a nuestro compañero dormido, de modo que había que darle facilidades, pero no tantas que pudiera conseguir su objetivo. Y ya has visto que no has podido.

—En definitiva —tomó la palabra Deborah—, sabíamos que Traidor querría eliminar a quien él creía que formaba parte de su grupo traidor, y montamos la trampa. Ya comencé a sospechar de usted cuando vino por dos veces antes a ver cómo estaba el herido, así que a la tercera vez le di la oportunidad de delatarse, y lo ha hecho. Pero hay algo... muy interesante en esto: usted no conocía al hombre del espejo de ayer, ¿verdad? Quiero decir que está trabajando aisladamente, del mismo modo que lo están haciendo otros hombres del mismo bando que usted. Y eso implica una organización inteligente. ¿Qué clase de organización? ¿Para quién

está trabajando usted, Angus?

—Váyase al demonio. ¡Esto no es cosa suya, cotorra!

—De acuerdo. ¿Quiere que le deje a solas con Lyndon? Le aseguro que si me voy será peor para usted, pues está muy enfadado, y sólo yo le sirvo de contención.

—Usted no es más que una vaca gorda.

—Ya adelgazaré —sonrió Deborah—. Angus, usted quería matar a nuestro «prisionero», y luego marcharse a dormir, y cuando se descubriese el crimen aparentar la misma sorpresa e inquietud que todos. Para eso hace falta tener valor y nervios de acero, lo sé. Usted tenía que eliminarlo a fin de que no nos dijera lo que usted creía que sabía y que terminaría por decimos bajo terribles torturas si era necesario. Usted sabía que el prisionero nos lo diría todo... ¿Y cree que usted no nos lo dirá, que Lyndon no va a someterlo a los mismos... procedimientos convincentes?

—¡Dile a esta vaca que se calle! —aulló Joyce—. ¡Que se calle!

Angus Joyce estaba sentado, con la mano recién vendada en alto, mirando con ojos relucientes de furia a Deborah Devonshire. Tal vez por eso no captó el movimiento de Lyndon Aldeman hacia él. Todo lo que supo al respecto fue, de repente, el tremendo puntapié que le acertó en la boca y lo tiró de espaldas al suelo, con silla incluida.

Por un instante, Angus tuvo la sensación de que una insólita y espesísima negrura lo iba a absorber, lo iba a engullir como si él fuese una simple piedra arrojada a un barril de alquitrán. Acto seguido la sensación fue la de ascender raudamente hacia un cielo dorado, que se convirtió en simple luz eléctrica en alguna parte. Se quedó mirando la luz, que parecía llegarle como envuelta en grandes olas. Todavía tardó unos segundos en comprender que tenía los ojos llenos de lágrimas y que su amigo Lyn acababa de partirle la boca de un puntapié.

Aspiró profundamente, apretó los párpados, y las lágrimas se desprendieron. Vio las piernas de Lyndon junto a él. Y allá arriba el rostro lívido y duro del amigo y compañero traicionado.

—Debbie te ha hecho las dos preguntas clave —sonó fría la voz de Lyndon—. Te las repetiré sólo una vez, para que no digas que no las has entendido. Una: ¿qué clase de organización desea que no se fragüen planes de desarticulaciones bélicas? Dos, que viene a ser la

misma ¿para quién estás trabajando?

—No os lo diré... ¡No os lo diré! —chilló Joyce.

—Angus, te voy a hacer papilla.

—¡No te lo diré!

—¡Maldito seas, no me obligues a hacerlo, no me obligues a tratarte como trataría a cualquier otro! —Lyndon Aldeman parecía fuera de sí—. ¡No me obligues a hacerlo, Angus!

—Haz lo que quieras —jadeó éste—. ¡No conseguirás que te lo diga hagas lo que hagas!

Lyndon Aldeman cerró los ojos y aspiró hondo. Estuvo así unos pocos segundos. Luego, los abrió, derribó a Joyce de otro puntapié, ahora en el estómago, y cuando Joyce cayó encogido le aplastó contra el suelo la mano herida de un tremendo pisotón.

El alarido de Angus Joyce fue sencillamente bestial. Quedó vibrando en el aire, haciendo temblar los cristales de todo el chalé mientras él se desmayaba tras proferirlo.

Uno de los agentes que habían quedado fuera del chalé-enfermería apareció corriendo, demudado el rostro, lista la pistola para utilizarla y jadeando:

—¿Qué..., qué pasa...?

—¡Fuera! —gritó Aldeman—. ¡Fuera de aquí!

—Pero...

—¡FUERA DE AQUI!

El agente de la CIA dio media vuelta, y salió tan velozmente como había entrado, dejando tras él algo así como un repeluzno, un escalofrío que pareció quedar flotando en el ambiente. Lyndon Aldeman agarró a Joyce por la ropa del pecho, y lo colocó de cualquier manera en la misma silla, tras enderezar ésta a puntapiés. Miró a Deborah y gruñó:

—Despiértalo.

La doctora buscó en el reducido botiquín, eligió uno de los pequeños frascos, lo colocó sobre la nariz de Joyce y lo destapó... Diez o doce segundos más tarde, tras varios aspavientos y gestos, la lucidez regresaba plenamente a la mente de Angus Joyce, cuya mirada se posó en Aldeman.

—No te lo diré —susurró, con el rostro manchado de sangre, rotos los dientes, pálido el rostro como el de un muerto.

Lyndon se quedó mirándolo largamente. Luego, de repente, miró

a Deborah y dijo:

—Sal de aquí.

Ella le miró, miró a Joyce, y se acercó a éste. Se inclinó, y murmuró, con tono amable:

—Angus, usted está trabajando para alguien que desea que no haya desarticulaciones bélicas en parte alguna del mundo, es decir, para alguien que desea y pretende que sigan existiendo guerras. Esto le coloca en el grupo de personas que no me resultan gratas, pero tampoco quisiera verlo destrozado. Vamos, sea sensato. ¿Desea contestar a nuestras preguntas?

—Muérete, gorda —masculló Joyce.

Deborah Devonshire estuvo todavía unos segundos mirando los ojos del traidor. Finalmente, se irguió y se dirigió hacia la puerta, con la expresión de quien olvida todo cuanto deja atrás.

* * *

Cerca de las seis de la mañana, todavía de noche, Lyndon Aldeman entró en el chalé ocupado por la doctora Devonshire Esta, sentada en la salita, le oyó, le vio aparecer, y se quedó mirándolo en silencio. Aldeman se sentó en un sillón cerca de ella, y encendió un cigarrillo. Tenía las manos manchadas de sangre, y le temblaban tanto que, finalmente, el cigarrillo saltó de entre sus dedos como si fuese un animalito vivo y nervioso. Aldeman se quedó mirando el cigarrillo en el suelo, como alucinado. Deborah se puso en pie, recogió el cigarrillo, lo encendió, y tras sentarse en las rodillas de Lyndon Aldeman se lo colocó en los labios.

—Lyn, él te ha obligado —susurró.

Aldeman la miró con los ojos que parecían llamas.

—¿Sabes lo que soy, Debbie? —susurró—. ¿Sabes lo que soy?

—No debes tomártelo así. El te ha obligado. Era un traidor, Lyn, no podías tratarlo de otro modo.

—Te diré lo que soy: un maldito hijo de puta.

—Eso más bien habría que aplicárselo a Angus, ¿no?

—¡Soy un maldito hijo de puta!

—Me parece que a tu madre no le gustaría oír eso —sonrió Deborah—. Vamos, tranquilízate. ¿El está vivo todavía, supongo?

—Más o menos. Debbie: lo he hecho papilla. Era mi amigo, mi

compañero, y lo he hecho papilla.

—Me da la impresión que Angus es mucho más duro que tú. No creo que él tuviera estos remordimientos si las cosas hubieran sido al revés, o sea que él hubiera tenido que «trabajarte» a ti.

—¿Pondrás eso en tu informe sobre mí? ¿Dirás que soy un sujeto blando?

—Debería informar de ello, y tú lo sabes.

—Pues informa. Tú, tus informes, el presidente y quien más sea de tu camarilla podéis iros a tomar por saco.

—Simularé que no te he oído —sonrió dulcemente Deborah Devonshire—. Veamos: ¿qué te ha dicho Joyce?

—Lo suficiente para que, por el momento, decida disolver esta reunión de contactos de confianza: esas siete personas no se merecen estar metidas en este gigantesco e inmundito cubo de basura.

—Tal vez sea así, Lyn, pero tú no puedes tomar esa decisión.

—¿Ah, no? ¿Por qué no?

—Debes consultar a la Central. Debes pasar el informe completo conseguido de Angus Joyce y esperar que te den órdenes.

—No pienso hacer semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque pienso hacer otra.

—De acuerdo. ¿Qué otra cosa piensas hacer?

El se quedó mirándola atentamente antes de murmurar:

—Tal vez tú querrías ayudarme, Debbie.

—¿Yo? ¿Qué podría hacer yo que no fueses perfectamente capaz de hacer tú solo?

—Voy a marcharme de aquí, dejando al mando de esto a Hank Loriman. Por la mañana, él les dirá a los contactos de confianza que se les ruega que permanezcan aquí mientras se soluciona definitivamente este asunto. Si de la solución se deriva algún peligro para ellos, inmediatamente serán retirados de este lugar y recibirán todas cuantas medidas de protección sean necesarias. Pero tal vez podamos seguir todos reunidos aquí, desarrollando ese apasionante trabajo que servirá para desarticular guerras. ¿Quieres ayudarme o no?

—Por supuesto que sí.

CAPÍTULO VIII

Se llamaba James Saint Charles, tenía cincuenta años, era un hombre atractivo, inteligente y bien relacionado que ejercía con notable éxito su profesión de abogado. Residía en una bella zona residencial de Arlington, pero, naturalmente, tenía su bufete en una céntrica avenida de Washington, en donde se pasaba la mayor parte del día.

Por las tardes, al dar por terminada su jornada, James St. Charles acudía a un bar cercano a su bufete, donde se reunía con algunos colegas y amigos diversos para departir unos veinte o treinta minutos mientras tomaban un par de martinis, antes de emprender cada cual el regreso a su domicilio, todos fuera de Washington D. C. Había que estar al corriente de los sucesos mundiales, intercambiar ideas y opiniones, recoger informaciones, posturas de diversas ideologías...

James St. Charles se preciaba de ser un hombre magníficamente informado, en definitiva.

Sin embargo, no se puede saber todo en la vida. Por ejemplo, James St. Charles se estaba preguntando quién podía ser aquella mujer rubia, gorda, con lentes, que, sentada en un taburete ante la barra, le había mirado varias veces y seguía mirándole con insistencia, incluso enviándole leves sonrisitas que tenían al señor St. Charles entre intrigado y halagado.

La rubia gorda en cuestión estaba sola, y no mostraba la actitud entre impaciente y condescendiente de quien esperaba a alguien. Simplemente, se estaba tomando su bebida con entera placidez... y mirando con insistencia ya evidente a James St. Charles.

Aquella tarde, St Charles se las arregló para ser el último en abandonar el bar. Es decir, para quedarse allí cuando ya todos sus

habituales contertulios lo habían abandonado. Y, claro está, finalmente fue a sentarse en un taburete contiguo al que ocupaba la rubia gorda. La cual, dicha sea la verdad, tenía un encanto especial. Tan especial, que había que estar mirándola largo rato para ir apreciándolo, como le había ocurrido a Saint Charles.

El cual, tras acomodarse en el taburete y sonreír a la sonriente rubia, preguntó:

—¿Nos conocemos de algo?

—No recuerdo —replicó ella.

—¿Realmente? Bueno, juraría que nos hemos visto antes, pero no consigo recordar dónde.

—Si lo recuerda, dígamelo, para anotarlo en mi agenda.

James St Charles frunció ligeramente el ceño. Bueno, ¿a qué venía esta actitud después de más de media hora mirándola con tan clara insistencia? No es que St. Charles le enloquecieran los «encantos» de la rubia, pero evidentemente ella tenía clase, y tal vez una relación con ella resultase interesante y hasta placentera. Era una mujer, ¿no?

—Si la estoy molestando dígamelo —murmuró—. No soy de éstos. Cuando no resulto persona grata nunca insisto, ¿comprende?

—Es que usted no ha entendido, señor Saint Charles: yo no estoy aquí para que usted me mire como si fuese carne de lecho para unas cuantas semanas.

James St Charles entornó los párpados.

—¿Me conoce usted? —susurró.

—Un amigo me ha hablado de usted. Un amigo que está en dificultades y solicita ayuda y consejo.

—¿Qué amigo?

—Angus Joyce.

—No recuerdo al señor Joyce —negó St. Charles, pálido de pronto.

—Es joven, alto, guapo, trabaja para la CIA, y en estos momentos debería estar en Texas, en el Wild Texas Motel, con los contactos de confianza. Sin embargo, Angus está aquí, en Washington. Y en dificultades.

—¿Qué dificultades?

—¿Lo conoce usted o no? Porque si me estoy equivocando no vale la pena que le cuente las vicisitudes de Angus.

—¿Es usted pariente de él?

—Sólo una antigua amiga de años mejores. Bueno, yo siempre digo que los años mejores fueron aquéllos en que todavía no había engordado. Esto me sucedió cuando entré en la universidad. Me tomé tan en serio eso de estudiar que olvidé todo lo demás, incluido el sexo. Una estupidez como otra cualquiera..., aunque siempre se está a tiempo de rectificar. Ahora voy a dedicarme al *jogging* o al *footing*, aún no he diferenciado bien estos dos conceptos. En cualquier caso, tengo la esperanza de llegar a perder doce kilos por lo menos. Le aseguro que con doce kilos menos soy otra mujer. Mi intención...

—¿Quién es usted? —interrumpió hoscamente St. Charles.

—Debbie Devonshire. Tal vez Angus le habló alguna vez de mí.

—No.

—Pero ¿conoce usted a Angus?

—Sí, le conozco —admitió de mala gana el abogado.

—¿Y va a ayudarle o no?

—¿Qué es lo que le ocurre?

—No me lo ha dicho, ni se lo he preguntado. El me ha dicho cómo localizarlo a usted, y yo le estoy pasando su recado. Ahora, señor Charles, simplemente dígame si usted va a acompañarme a casa para reunirse allí con Angus o me vuelvo sola y le digo que usted no ha querido venir.

—¿Dónde vive usted?

—En un chalé cerca de Hamden. Apenas veinte millas.

Saint Charles asintió.

—Voy a llamar a casa para avisar que llegaré más tarde que de costumbre —dijo.

—Eso lo comprendo perfectamente.

—Discúlpeme.

—Cómo no.

La rubia quedó sola de nuevo ante el mostrador, terminando apaciblemente su copa de champaña. James St. Charles regresó casi siete minutos más tarde.

—Cuando usted quiera, señorita Devonshire.

—Pensé que me convidaría —sonrió ella.

—Naturalmente.

—Por eso pedí champán.

—No hay problema.

Saint Charles pagó la bebida de Debbie Devonshire, y abandonaron ambos el bar. Acordaron fácilmente el sistema a seguir, ella daría vueltas a la manzana con su coche, estacionado ante un parquímetro, mientras él iba a por su coche a un *parking* subterráneo cercano. Cuando él pasara, ella le alcanzaría se colocaría delante, y él le seguiría hasta donde le estaba esperando Angus Joyce.

Perfecto.

* * *

Tardaron casi cuarenta minutos en llegar. Comenzaba a aparecer la bella oscuridad nocturna otoñal. Había en los árboles como colores deliciosos que no podían ser de este mundo. El chalé ante el cual se detuvo primero Deborah y luego Saint Charles no era muy grande, pero sí era encantador, rodeado de arbustos de flores y con un hermoso abeto a la derecha del pequeño jardín frontal.

Los dos se reunieron ante la pequeña valla pintada de blanco que cercaba el jardín. Unos doscientos metros más allá se detuvo otro coche, pero ni Deborah ni Saint Charles parecieron reparar en ello, pese a lo tranquilo de la zona residencial, solitaria, silenciosa.

—¿Joyce está en la casa? —preguntó St. Charles.

—Claro.

Recorrieron el corto senderillo hasta el porche. Deborah abrió la puerta de la casa, y en el momento en que se disponía a guardar el llavín en el bolso, St. Charles se lo arrebató hábilmente, metió la mano dentro, y encontró en el acto la pequeña pistola, con la que apuntó a Deborah.

—Permanezca quieta —jadeó él, muy pálido.

—Oiga, ¿qué le pasa? ¡Esa pistola me la ha prestado un amigo...!

—Cállese y permanezca quieta.

Saint Charles había hecho una señal con un brazo, y los dos hombres que se habían apeado del automóvil más alejado echaron a correr hacia el chalé de Deborah. Cuando llegaron la situación igual. Cada uno de los recién llegados sacó una pistola provista de silenciador, y uno de ellos dijo:

—No la pierda de vista a ella.

Entraron los dos en la casa, pistola por delante. Sólo se les oyó durante unos pocos segundos. Luego, el silencio total. Transcurrió poco más de un minuto hasta que la puerta volvió a abrirse. Saint Charles miró, esperando lógicamente ver a uno de sus amigos.

Se quedó paralizado al ver a Lyndon Aldeman, que extendió el brazo derecho y colocó ante su nariz la punta del silenciador de su pistola, todavía caliente. Saint Charles ni siquiera acertó a moverse cuando, con gesto ágil y hábil, Deborah le quitó la pistola en un instante.

—Pase, señor Saint Charles —dijo Aldeman, con un tono de voz que produjo escalofríos en el abogado—. Charlaremos un rato.

Deborah pasó detrás de él, apoyó la palma de una mano en su espalda, y le empujó suavemente, diciendo:

—Será mejor que no haga enfadar a Lyndon, señor Saint Charles. Está cansado del viaje, irritado por su truco de hacernos seguir por los amigos a los que telefoneó, y muy deprimido por las cosas que le contó Angus Joyce en el Wild Texas Motel. ¿No es cierto, Lyn?

Éste, simplemente, agarró al abogado por la ropa y casi lo arrastró hacia el interior de la casa. Fueron directos al salón, y nada más entrar Saint Charles tropezó con los cadáveres de los dos hombres, colocados de cualquier manera allí mismo tras ser arrastrados. Uno de ellos tenía el pecho manchado profusamente de sangre, y los ojos muy abiertos. El otro los tenía cerrados, y un agujero negruzco entre las dos cejas. Saint Charles se estremeció violentamente de pies a cabeza.

Aldeman volvió a tirar de él, lo hizo girar, y de un puntapié en los testículos lo derribó como muerto en uno de los sillones. Dos bofetadas absolutamente salvajes, crueles, enderezaron a Saint Charles en su asiento, y el hombre comenzó a gemir, hasta que el culetazo le partió varios dientes de la mandíbula superior.

En cinco segundos el señor James Saint Charles quedó absolutamente derrotado en manos de Aldeman, que optó por detener el castigo todavía más brutal a que había pensado someter al abogado. Colocó una silla delante del sillón, y se sentó frente a Saint Charles, colocando el respaldo por delante.

—Señor Saint Charles —dijo escuetamente—: soy Lyndon

Aldeman, de la CIA, y estaba al mando del asunto de los contactos de confianza. ¿Me comprende? ¿Comprende el alcance de la situación?

La aterrada mirada de Saint Charles saltó hacia Deborah, y regresó a Aldeman. Volvió a Deborah, y se detuvo en los ojos de ésta, Saint Charles habría preferido ver cualquier expresión en los ojos de Debbie Devonshire, y no aquella inexpresividad que le hizo sentirse como si él no fuese absolutamente nada en la vida. Era una mirada diferente a la de Aldeman, pero quizá más escalofriante que la de éste.

—¿Es usted sordo? —preguntó Lyndon.

—No... ¡No soy sordo! —Respingó el abogado, regresando su mirada a Aldeman.

—Me alegro. Siempre es complicado conversar con sordos: hay que gritar demasiado, y aun así uno nunca está, seguro de que le han entendido bien. ¿Me ha entendido usted bien, señor Saint Charles?

—Sí... Sí, le he entendido.

El abogado había sacado un pañuelo, y hablaba a través de él mientras intentaba contener la sangre que brotaba de su boca. Todavía no había comenzado a sentir el verdadero dolor de los golpes recibidos, todavía estaba caliente, incubándose el dolor que luego iría apareciendo lacerante.

—De acuerdo —asintió Aldeman—. Y puesto que ha comprendido la situación... ¿sería tan amable de ampliarla?

—¿Ampliarla...? ¿Qué quiere decir?

—Yo he llegado hasta usted porque hice trizas a Joyce, de modo que finalmente él tuvo que darme su nombre y dirección. Y me dijo que usted, entre otros, es uno de los... intermediarios entre el grupo de agentes de la CÍA traidores a la CIA y las personas que forman un bloque al que llaman «Double». Señor Saint Charles: ¿quiénes son las personas que integran ese grupo llamado «Double»?

Los ojos de Saint Charles parecía que fuesen a saltar de las órbitas y caer sobre el ensangrentado pañuelo que mantenía ante su destrozada boca. Unos ojos que ahora expresaban pura y simplemente terror.

—Creo que deberías dejarlo reponerse un poco —dijo Deborah—: está muriéndose de miedo. ¿Quiere un poco de agua, señor Saint

Charles?

Éste miró a la doctora, y asintió. Un minuto más tarde, tras limpiarse de nuevo la sangre, Saint Charles bebía agua, que, al mezclarse con la sangre, le produjo una reacción de repugnancia, más por una cuestión mental que por el gusto de la sangre en sí. Como fuese, Saint Charles dejó caer el vaso y comenzó a vomitar con una violencia terrible, esparciendo olor a martini y aceitunas.

—Me parece que el señor Saint Charles lo está pasando francamente mal —dijo Deborah—. Deberías tratarlo con más cuidado, cariño.

Saint Charles no les hacía caso. Estuvo todavía vomitando más de un minuto antes de quedar nuevamente sentado más o menos correctamente en el sillón. Sus ojos, inflamados y turbios, comenzaron a desplazarse mirando de Deborah a Lyndon y viceversa.

—Creo que el señor Saint Charles está preguntándose cuál de nosotros dos es más malo —dijo Deborah—. ¿Verdad que se está preguntando eso, señor Saint Charles?

—¿Quién... quién es usted...? —jadeó el abogado.

—Ya se lo dije: Debbie Devonshire, amiga del presidente de los Estados Unidos, entre otras cosas. Por ejemplo, soy psicóloga, pero no creo que eso le interese a usted ni poco ni mucho.

—Usted... es una zorra —jadeó Saint Charles.

—No exactamente —sonrió Deborah—. Y voy a sugerirle que no se meta conmigo de un modo tan desagradable, porque resulta que Lyndon se ha enamorado de mí, y a lo peor no le gusta que me insulten, ¿verdad, cariño?

—Verdad —asintió Aldeman.

—Cariño —alzó Debbie un dedo.

—Verdad, cariño —sonrió Lyn Aldeman—. Mira, será mejor que vayas a buscar las cuerdas y demás mientras yo intento razonar con el señor Saint Charles.

—Lo que tú digas, mi amor. —Deborah miró sonriente al abogado—. ¿No le parece chocante que un hombre tan guapo como Lyndon se haya enamorado de mí? Debo tener algo especial... ¿Usted qué opina?

—Ve a por las cuerdas —insistió Aldeman—: el tren no tardará ya mucho, y ya no pasa ningún otro hasta las once y pico.

—Apuesto a que el señor Saint Charles no sabe para qué queremos las cuerdas —dijo Deborah, dirigiéndose hacia la puerta.

Saint Charles la miró. Luego, clavó su cada vez más aterrada mirada en los ojos fríos e implacables de Lyn Aldeman. Éste frunció el ceño, como quien está sometido a desagradables pensamientos. Luego, dijo:

—En realidad no sentirá usted casi nada de dolor. Dicen que estas cosas no se notan cuando suceden, sino después. Pero si se porta bien, después le llevaremos en seguida a un hospital, tras narcotizarlo para que se duerma y no sufra. Pero después, no antes.

—Después... ¿de qué? —pudo preguntar con voz aguda St. Charles.

—De que le pongamos en la vía para que el tren le corte las piernas.

James Saint Charles soltó un respingo que fue más bien un grito que se ahogó en su garganta como retorciéndose y causándole un insólito y espantoso dolor. Cuando Deborah entró con las cuerdas y un rollo de esparadrapo Saint Charles estaba tosiendo, gritando y llorando súplicas a la vez. Era un cuadro de pura y simple pena.

—¿Qué le pasa? —preguntó Debbie.

—Se ha enterado de que le vamos a poner en la vía del tren para que le corte las piernas cerca de las ingles. Ya le he dicho que ni se enterará, y que luego lo anesthesiaremos. Después, no antes. Pero debe ser un hombre difícil de contentar, porque yo diría que se está quejando...

—¡Ustedes no pueden hacer esto conmigo! —chilló entre lágrimas James Saint Charles—. ¡Se están ensañando física y mentalmente conmigo!

—Tal vez tenga razón —admitió Aldeman—, pero tengo mis motivos. Para convencer a Angus Joyce de que me dijera lo que yo quería saber necesitó mucho rato y pasarlo muy mal. ¿Por qué tengo que pasar lo mismo otra vez, ahora con usted? Simplemente, como ya sé que no quiere contestar a mis preguntas le vamos a colocar en la vía, para que el tren le corte las piernas. Luego, le llevaremos a un lugar donde esperaremos a que se recupere lo suficiente para seguir conversando, y, si continúa siendo terco, pensaremos en alguna otra filigrana con su cuerpo. ¿Me comprende usted, señor Saint Charles?

—¡Usted..., ustedes son..., son unos sádicos!

—En efecto —sonrió Aldeman—. ¡Qué cosas, ¿eh?! Bueno, cariño, vamos a empezar a atar y amordazar al señor Saint Charles...

—Ustedes ganan —jadeó éste—. Les diré todo lo que quieran saber y que yo sepa.

—Perfecto. Así pues, ¿quiénes son esas personas que integran el grupo llamado «Double»?

—Le anotaré los nombres de las que conozco...

* * *

—¿Y lo hizo? —preguntó el director de la CIA.

—Sí, señor lo hizo.

—¿Y tiene usted esa lista de nombres?

—La tengo, sí señor.

—¿Puedo verla?

El director de la CIA tendió la mano por encima de la gran mesa de su despacho, y asió el papel que desde el otro lado le tendía Lyndon Aldeman. Estaban solos, y Lyndon pensó que no era probable que aquella entrevista se grabara de ninguna manera. El director, ya con la lista en la mano, seguía mirando fijamente a Lyndon Aldeman..., el cual no se sorprendió lo más mínimo cuando, de pronto, despaciosamente y sin haber leído los nombres que contenía, el director de la CIA comenzó a romper la lista en trocitos diminutos.

—Señor —le recordó Aldeman—: esa lista contiene los nombres de personas que ha estado traicionando a la CIA.

—Olvídelo todo, Aldeman. ¿De acuerdo? Y en lo sucesivo absténgase de tomar decisiones de propia iniciativa. Lo que hizo con los contactos de confianza me disgustó profundamente.

—Sólo les dije que debían marcharse, y les facilité el regreso a sus respectivos países.

—Esa gente no volverá a confiar en nosotros. Ni ellos, ni ningún otro. Jamás volveremos a tener contactos de confianza de esa envergadura.

—¿Los merecemos, señor? —Alzó las cejas Lyn Aldeman.

—No vamos a discutir usted y yo. Los contactos se han

marchado, y el Plan Half Peace ha sido desechado por impracticable. Pero no empeore usted su situación personal.

—Todo lo que hice fue decirles a los contactos que ellos sí eran de confianza, pero que nosotros, la CIA, no lo éramos. Tenía que haber visto usted la cara que pusieron. —Lyndon sonrió de pronto, como en verdad divertidísimo—. Si hubiera pensado en ello les habría hecho unas fotografías para que usted las viera. ¡Qué expresiones tan graciosas cuando me oyeron decirles que NOSOTROS no somos de CONFIANZA!

—No le veo la gracia a todo esto, Aldeman.

—¿No le ve usted la gracia, señor? —La expresión de Lyndon cambió de repente, se tomó dura, hostil, casi agresiva—. Pues yo diría que cualquiera le encontraría gracia al asunto, francamente. Fíjese bien, señor: la CIA toma por una cochina vez en su vida una iniciativa noble y humanitaria: desarticular contiendas bélicas de ésas tan absurdas y criminalmente montadas que hay a lo largo y ancho del mundo. Así que, ni cortos ni perezosos, movilizamos todo el personal necesario y más cualificado para este menester. Tras largos meses de negociaciones, planteamientos y ofertas de toda clase que no fueron nada fáciles, y usted lo sabe muy bien porque puso todo su entusiasmo personal en el Plan Half Peace, conseguimos los primeros contactos de confianza, a los que llevamos a un lugar agradable para, entre todos, comenzar a estudiar informes y hacer proyectos que condujeran a esas desarticulaciones bélicas... Y hete aquí que cuando todo está marchando estupendamente, comienzan a aparecer indicios preocupantes de que estamos siendo traicionados, y como consecuencia tenemos por las vidas de nuestros contactos de confianza. En fin, y para no alargarlo demasiado, resulta que Debbie y yo llegamos nada menos que al meollo del asunto, es decir, nada menos que a conseguir los nombres de varios componentes del llamado grupo «Double». ¿Y quiénes son esas personas que integran el grupo «Double»? Pues son altos directivos de la CIA, personalidades políticas relacionadas directamente con la Casa Blanca, grandes magnates de la industria en general y de la del armamento en particular... ¿Y qué ha ocurrido? Pues, que los señores del grupo «Double», cuyos intereses personales y económicos están basados en las guerras porque venden desde

armas pesadas a mochilas a los que se matan en guerras estúpidas, boicotean el plan de la propia CIA, pero subterráneamente. En ese papel que ha desmenuzado tenía usted escritos los nombres de dos subdirectores de la CIA, hombres con los que se ve usted y conversa con ellos a diario. Hay empleados de alto nivel de la Casa Blanca, senadores, industriales... Gente que, subterráneamente, se han propuesto y conseguido que el Plan Half Peace sea un fracaso. Esa gente hablará mañana con usted, con el presidente, con el mismísimo Dios si conviene..., y nadie les hará ni les dirá nada.

¡Maldita sea mi estampa, la propia CIA y la Casa Blanca, o parte de ella, ha desbaratado un maravilloso plan de la CIA, y usted me dice que lo olvide todo, y dice QUE NO LE VE LA GRACIA...!

—Tranquilícese, Aldeman —murmuró el director, pálido.

—Estoy mucho más tranquilo que usted, señor. Y le diré por qué: usted, mañana, tendrá que ver a esa gente del grupo «Double», y sabrá que son de su esfera, sabrá que mientras con la mano derecha son amigos de usted con la mano izquierda le han desbaratado el Plan Half Peace, lo han convertido en una mierda. Y todo ello, para seguir ganando dinero con las guerras. Usted no podrá hacer nada contra esta gente, usted tendrá que seguir viéndolos, almorzando con ellos, viéndolos aquí, en la Casa Blanca, en recepciones y banquetes donde todo son sonrisas. Usted tendrá que aguantar esto, y morderse la lengua y machacarse los cojones para no estallar un día y cagarse en todos ellos... Usted, no yo, porque yo, señor, me largo de esto, ¿entiende? Quería ser alguien en la CIA, pero no de este modo, sabiendo que mañana, mientras uno de mis amigos me convida a caviar y me estrecha la mano otro de mis amigos me está dando por saco o está preparando un fracaso en mis gestiones... ¡Ni hablar de eso, maldita sea mi estampa! ¡A la mierda todos!

—Dimisión aceptada —murmuró el director—. Pero tenga cuidado con lo que va diciendo por ahí, Aldeman.

—¿Sabe qué le digo, señor? —sonrió Lyndon, poniéndose en pie—. ¡Váyase al huevo!

ESTE ES EL FINAL

Estaba pescando apaciblemente, casi durmiéndose al sol de la tarde caña en manos, cuando, de repente, volvió la cabeza para mirar tierra adentro. Simplemente, volvió la cabeza, avisado por su instinto de la presencia de alguien.

Entonces la vio.

Era una mujer alta, de largo cabello pelirrojo que resplandecía al sol. Algo en su modo de caminar le recordó a alguien, pero no acabó de identificarla. Eso sí, la mujer estaba como un tren. ¡Y vaya si era alta! Y aquel modo de caminar...

Cuando la mujer llegó junto a las rocas Lyndon Aldeman acababa de identificarla, y estaba simplemente estupefacto.

—Hola —saludó ella—. Decidí dejarme crecer más el cabello y desteñírmelo. Es que me parecía que ser pelirroja era demasiado provocativo.

—La madre que te parió —murmuró por fin Aldeman—. ¿Eres tú? ¿Debbie?

—Claro.

—¡Te estuve buscando como un loco después de aquello! Hasta llegué a pensar que eras una maldita espía que me habían puesto para hacerme la puñeta... ¡Qué demonios sé yo lo que llegué a pensar! Y cuando empezaba a convencerme de que nunca habías existido apareces como si tal cosa ante mí. ¿Es que no sabías cómo encontrarme tú a mí, ya que yo no me escondía?

—Pero yo sí. Quería perder quince kilos y aparecer más natural... ¿Te parezco provocativa, de pelirroja?

—¡Has estado ocultándote de mí casi tres meses!

—Ya te digo que he estado corriendo, nadando, cosas de ésas. Ahora peso catorce kilos menos.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —Casi gritó Aldeman.

—Pensé..., pensé que así te gustaría más...

—¡Maldita sea tu estampa! Me enamoro de ti como un loco después de aquel polvo triple, me convenzo sinceramente de que no me importa que seas gorda o flaca..., ¡y cuando te busco te escondes! ¡Y me tienes casi tres meses medio loco sólo para perder unos cuantos succulentos kilos que estaban muy bien donde estaban! ¿Sabes qué te digo, doctora?: ¡vete al huevo!

—Pues yo había venido a quedarme contigo, porque también quedé chiflada de ti aquella tarde, pero si prefieres que me vaya...

Lyn Aldeman alzó la mirada, poniendo al cielo por testigo.

—Lo he dicho siempre —suspiró—: ¡son tontas, maldita sea, son tontas y todo lo complican..., pero algunas valen la pena!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...